

HISTORIA
DE LA
REVOLUCION
DE SETIEMBRE.

SUS CAUSAS, SUS PERSONAJES, SUS DOCTRINAS,
SUS EPISODIOS Y SUS RESULTADOS.

OBRA QUE ESCRIBEN CON ESCRUPULOSA VERACIDAD HISTÓRICA
Y CRITERIO CATÓLICO

D. EDUARDO MARÍA VILARRASA

Y

D. José Idefonso Gatell,
PRESBITEROS.

É ILUSTRADA CON LÁMINAS GRAVADAS SOBRE BOJ
DEBIDAS Á REPUTADOS ARTISTAS.

TOMO PRIMERO.



BARCELONA :

IMPRESA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA

DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,
calle de Robador, número 24 y 26.

1875.

Cuaderno 4.º

Entregas 27 á 34.

L47
3345

HISTORIA
- 1875 -
REVOLUCION
DE SETIEMBRE

SUS CAUSAS, SUS PERSONALIDADES, SUS DOCTRINAS,
SUS EMPEÑOS Y SUS RESULTADOS.
UNA Y LA MISMA CON SUS DIFERENTES FASES HISTÓRICAS
Y POLÍTICAS.

D. EDUARDO MARIA VILARRASA

D. José Infante y Galán,

revisor.

A. ESTRELLA FOR LAMAR, CARRANZA, GONZALEZ Y CIA.

EDITORES Y DISTRIBUIDORES.

TOMO PRIMERO.



BARCELONA:

IMPRENTA Y LIBRERIA RELIGIOSA Y CIENTIFICA
DEL HERMANO DE D. TADEO RINZA,
Calle de Ribera, número 25 y 26.
1875.

Entradas 27 y 34.

Clasificación 1.

«En horas de violentos trastornos nacen, crecen, se divulgan alarmas y noticias hijas de la traicion, del miedo ó la ignorancia. De todo cuanto ocurra en el órden público tendréis la exacta, sencilla y diaria relacion que publicarán vuestras celosas autoridades. La verdad es hija de Dios y el que la ama nunca pierde en saberla ni en decirla.

«Tres grandes naves de nuestra escuadra, inducidas por Topete, capitán del puerto de Cádiz, alzaron el primer grito de insurreccion, y las cortas fuerzas de la plaza, despues de combatir por algunas horas, cedieron mas ó menos pronto de lo que debian al gran poder de aquellas máquinas terribles, tan costosas á vuestros sudores, que las produjeron para honor de nuestra bandera en mares remotos y para defensa de vuestras costas, que no para cañonearlas y destruirlas. ¡Execracion sobre los autores de tan péfido atentado! Se ignoran las condiciones con que las tropas capitularon. Se sabe solo que los rebeldes se apoderaron de la plaza y que en Sevilla se levantó por tres batallones la bandera de la insurreccion. Con otro se pronunció Córdoba poco despues. Mas tarde lo ha hecho Santander con paisanaje y lo ha intentado Alicante. De toda España, hasta estas horas, solo ha tenido ese carácter de pueblo el movimiento en estas dos ciudades. En la primera un destacamento escaso del ejército y pocos guardias civiles y carabineros, fuerza única que la ocupaba, se retiraron por evitar mayores daños, no sin hacer alguna resistencia, arrollando por dos veces á los amotinados.

«En la segunda fueron estos vencidos y duramente escarmentados, haciéndoles cuarenta prisioneros. En lo demás del reino se conserva tranquilidad completa, sin mas alteracion ni mas alarma que la que á vosotros os aflige ante el espectáculo desastroso de esos pocos rebeldes militares que gritan en nombre de un pueblo que rechaza indignado la infame bandera de regencia que proclaman; que ofreciendo imaginarios bienes futuros, empiezan por derramar el luto y la desolacion, ahogando, al propio tiempo que la

47-3345

paz, la industria y el trabajo, los veneros únicos de la libertad civilizada de nuestros dias; de que no es emblema la desarrapada vacante que se emborracha entre facinerosos en las tabernas de Andalucía, sino la honesta matrona que os acompaña en vuestros hogares, tiendas y talleres, y lleva en su pecho la Religion divina de vuestras madres, á sus piés el trabajo vencido, en su cabeza el genio. ¡Esta sí que es buena guia, amados catalanes!

«De los cuatro ejércitos que ha formado el Gobierno, ya sabeis su destino, su subordinacion y disciplina. Cumple su deber á mis órdenes el de Aragon y Cataluña. Camina, en parte, el de Castilla la Vieja á someter á Santander. El de Andalucía avanza contra los sublevados de Sevilla y Cádiz, y solo su amago ha despronunciado á Córdoba, que espontáneamente entró de nuevo en la comunion del deber y de las leyes. No se sabe que hayan faltado todavía á la ordenanza los generales de cuartel en Canarias, si de ellos se juzgó sin motivo en su conducta, vamos á verlo, y en nuestros brazos recibirán la satisfaccion cumplida de su agravio si le hubo. ¡Dios así lo quiera! que á corazones generosos amargo es tener que odiar, tanto cuanto el amar es dulce y espectáculo digno el abrazarnos los que juntos vertimos nuestra sangre por la huérfana que recibimos en la cuna, sentamos en el trono, y sostuvimos en los encontrados y peligrosos vaivenes que tantas coronas conmovieron y derribaron. ¡Honor á la mujer que supo, ya generosa, entregando á la patria su mismo patrimonio, ya perdonando sin reserva toda culpa, conservar la suya en su cabeza magnánima, cuando tantas cayeron de varoniles frentes!

«Catalanes; amemos los troncos de los Peres y los Jaumes, de los Alfonsos, Isabeles y Fernandos. ¡Viva Isabel II! La Religion y la monarquía legitima son el puerto de naufragas naciones.

«Barcelona 23 de setiembre de 1868.»

El conde de Cheste.

Los catalanes al leer la proclama de Cheste, dijeron:

— En lugar de un general nos han mandado un poeta.

Y los afectos á la dinastía exclamaban:

— Un poeta no nos salva.

Y los adictos á la Revolucion decian á su vez:

— Un poeta no nos vence.

La proclama estaba bien escrita. Su estilo era digno de un académico; pero efectivamente, mas que el alma de un general revelaba el corazon de un poeta. Llegamos á creer que el conde de Cheste lo veia ya todo perdido, y que escribió su proclama solo para que figurase en el epílogo de la dinastía.

En ocasiones tan críticas, cuando un general habla, cuando se dirige á sus subordinados el encargado de amparar los intereses sociales de la nacion, se inspira en la solemnidad de los momentos y en lo imponente de los peligros. Entonces los pensamientos de una proclama se apuntan con desórden; en vez de ideas, en vez de recuerdos históricos, no hay mas que un fuego, en que se ve la llama del entusiasmo por el principio que se defiende y el ardor de la energía para arrollar todos los que intenten combatirlo.

El público se apoderó del escrito del conde de Cheste, que se publicó en catalan en las esquinas, y lo hizo objeto de sus sátiras.

Mientras el órden material se conservaba aun en Cataluña, se preparaba un hecho colosal, un hecho de resultados definitivos ante el que, los que se verificaban en las poblaciones, no tenian sino un interés muy secundario. De este hecho dependia todo. La Revolucion tenia su ejército, sus cañones, sus generales; la dinastía los tenia tambien. La lucha, pues, habia de tener lugar, no en las calles de una capital; el terreno era allí demasiado reducido para librarse una accion de tan trascendentales resultados, para que allí la dinastía española cayese vencida ó resultase vencedora; la lucha debia darse en un campo de batalla.

Los dos ejércitos se preparaban. Para ponerse al frente

del de D.^a Isabel, se nombró á un militar pundonoroso é inteligente, á una de las primeras eminencias militares de nuestro país, á un hombre que por su bizarría habia de dejar bien puesto el nombre del ejército español. Era para el marqués de Novaliches un destino de gran responsabilidad el que se le confiaba. La accion que habia de empeñarse no era de aquellas en que el ejército derrotado un dia se rehace al siguiente. Tratábase de un duelo á muerte, y nada menos que entre la dinastía y la Revolucion. De la accion que se preparaba dependian los destinos históricos de todo un gran pueblo.

Porque si los revolucionarios saliesen vencidos en la batalla, el ejército de la Revolucion perdía todo el prestigio que hubiera ganado el ejército de la dinastía; la causa de la Reina era ya una causa que sabia vencer. El desórden, la desorganizacion, hubieran entrado en las filas revolucionarias. Por otra parte, no podian sostener una guerra civil. Todos los elementos de órden se hubieran puesto del lado de la Reina; la Revolucion habria tenido que pedir sus auxilios á fuerzas que le hubiese proporcionado la demagogia; y esto, en vez de ser su salvacion, era su ruina. Para una lucha civil se necesita bandera, y los hombres de la Revolucion no la tenian. Hubiera tenido que entablarse una contienda entre unionistas, progresistas, demócratas, republicanos y rojos; el que predominase se quedaba solo. Una bandera de órden no habria tenido pueblo; una bandera esencialmente revolucionaria no habria tenido ejército. Tras de la derrota venia la dispersion y el desprestigio mas completo.

Si triunfaba la Revolucion, el primer grito de victoria habia de ser el anuncio de la caida del trono. Porque el ejército de D.^a Isabel no representaba la nacionalidad, representaba á la Reina; no se defendía una frontera, se defendía una corona. Isabel II no podia entrar en Madrid al frente de un ejército derrotado.

Tambien los revolucionarios creyeron indispensable po-

ner al frente un hombre de prestigio. La batalla no se confió al arrojo de Prim, que hubiera podido comprometerlo todo. Este puesto se encomendó á D. Francisco Serrano, duque de la Torre.

Á pesar de que el Gobierno tenia que acudir á muchas partes, ya para reprimir las sublevaciones que se realizaban, ya tambien para evitar las que pudieran realizarse, no olvidaba proporcionar al general Pavía todos los elementos de guerra posibles.

En medio de las defecciones que hubo que lamentar durante el último período de la monarquía de D.^a Isabel, no dejó de haber tambien héroes dispuestos á subir, en la senda de su deber, hasta las cumbres del heroísmo.

Ya hemos recordado que la primogénita de Isabel II casó con el conde de Girgenti, hermano del que habia sido rey de Nápoles. Es costumbre conceder á los príncipes un puesto distinguido en la jerarquía militar; los miembros de la dinastía que ocupa el trono se honran con pertenecer al ejército, como el ejército se honra tambien en contarles entre sus individuos. Pero hoy España no es una potencia militar; los grados de los príncipes en el ejército tienen un carácter exclusivamente honorífico. Así es que en la guerra de África, ni el esposo de D.^a María Luisa, ni tampoco el de la Reina, que son capitanes generales, fueron allí á defender la bandera española.

Sin embargo, cuando la dinastía está en peligro, el conde Girgenti, aquel hijo de reyes, aquel que sabe que los tronos tambien caen, porque vió caer uno muy de cerca, aunque se hallaba ausente dedicándose á los cuidados de su quebrantada salud, viene á ofrecer su espada á la Reina, y se manifiesta resuelto á ir á ponerse al frente de los húsares de Pavía, con su carácter de teniente coronel, rogando que se le destine en el punto de mayor riesgo.

— «Mi patria, que hoy es España, y mi Reina me confiaron una espada; como español, como príncipe, como soldado, tengo la obligacion de asistir á la lucha que va á te-

ner lugar. Soy miembro de la dinastía, y conozco mi deber que es vencer ó ser vencido con ella. Si la dinastía cae, mi honor, mi orgullo, está en caer con la dinastía. Ya despues no se me presentará ocasion de manifestar que un buen príncipe es tambien un buen soldado.»

Estas frases, pronunciadas con el calor, con el entusiasmo que es de concebir en uno de los momentos de excitacion nerviosa del conde de Girgenti, no dejó lugar á ninguna réplica. El infante fué á ponerse al frente de su regimiento, dispuesto á luchar y á morir á las órdenes de su Capitan general, el marqués de Novaliches.

En Cádiz, en Sevilla, en Córdoba, en todos los puntos ocupados por tropas sublevadas, observábase una actividad extraordinaria, excitada en momentos semejantes, no solo por el honor de un triunfo sino por los peligros que corren, ya los jefes que están al frente del movimiento, ya la idea que se trata de defender.

Izquierdo, especialmente, procuraba prevenirlo todo, queria estar en todo. Mientras se esperaba en Sevilla la llegada del general Serrano, organizó la primera division de operaciones con el siguiente cuadro :

Jefe de Estado mayor general del ejército, el excelentísimo señor mariscal de campo D. Antonio Caballero de Rodas.

Oficiales de Estado mayor, capitan D. Salvador Rivero, tenientes D. Jorge Reilen, D. Leoncio Portilla y D. Enrique Aguilera.

Ayudantes de campo, alféreces de navío D. Emilio Luanco, D. Emilio Ediger, y de órdenes el teniente de artillería D. Teodoro Bermudez.

Intendente general, el intendente de ejército D. Francisco Borci. Auditor general, el auditor de guerra D. Joaquin Urbina. Jefe de sanidad militar, el subinspector D. José Camesino. Aposentador general, D. Julio Agudo.

La escolta del general en jefe se componia del comandante de la Guardia civil D. Manuel Santos Mula, con dos

capitanes, dos subalternos, cincuenta guardias de infantería y veinte y cinco de caballería.

Seccion telegráfica : jefe, D. Rafael Vida.

Primera division, compuesta de dos brigadas.

Cuartel general.

Comandante general, el Excmo. Sr. mariscal de campo D. Rafael Izquierdo.

Ayudante de campo, alférez D. José Izquierdo.

Jefe de Estado mayor, comandante D. Pedro Gomez Mediuela; tenientes D. Ramon Jáudenes y D. Francisco Ponce de Leon.

Auxiliares, tenientes D. Pedro Lopez Villalon y D. Manuel Esparaber.

Comisario de guerra, D. José Floran.

Jefe de sanidad militar, D. Juan Lopez Ochoa.

Primera brigada: Se componia de los batallones cazadores de Tarifa, Simancas, Segorbe y doscientos caballos del regimiento Santiago, formando dos escuadrones mínimos.

Jefe de esta brigada, el coronel de caballería D. Manuel Blanco Valderrama.

Segunda brigada: La componian el regimiento infantería de Bailen; el regimiento caballería de Villaviciosa, y el segundo regimiento montado de artillería: su jefe, el coronel de caballería D. Ignacio Chacon.

El día 21 llegó el general Serrano á Sevilla, quien dió al ejército la siguiente organizacion:

Primera division: Mariscal de campo D. Antonio Caballero de Rodas.—Estado mayor: capitan Rivero, y teniente Reinlein.

Primera brigada: Brigadier Salazar.

Segunda division: Mariscal de campo D. Antonio Caballero.—Estado mayor: teniente Jáudenes y Ponce de Leon.

Primera brigada: Jefe, coronel Alemany.

Cuerpos: Tarifa, Simancas, Segorbe.

Segunda brigada: Brigadier Alaminos.

Cuerpos: Primero de Borbon, regimiento de Cantabria.

Tercera brigada : Jefe, coronel Enrile.
Cuerpos : Regimiento Bailen, primer batallon, Cuenca.
Brigada de artillería de campaña : Segundo regimiento montado, coronel Blengua.
Cuerpos : Regimiento Valencia, Carabineros.
Segunda brigada : Jefe, coronel Taboada.
Cuerpos : Regimiento de Aragon y Guardia rural.
Tercera brigada : Jefe, coronel Pazos.
Cuerpos : Guardia civil, batallon artillería á pié.
Brigada de caballería : Regimientos Villaviciosa y Santiago.

Dos escuadrones de carabineros.

Disponíanse los sublevados á marchar sobre Madrid, cuando supieron que el marqués de Novaliches con su ejército trataba de ahorrarles el camino, pues se encaminaba ya al encuentro de los revolucionarios.

El general Caballero de Rodas, con un batallon de cazadores, se trasladó á Córdoba para transmitir al general en jefe de la sublevacion, Sr. Serrano, las correspondientes noticias del movimiento.

El 23 por la mañana, posesionóse de Córdoba Caballero, á donde se trasladó el 23 y el 24 todo el ejército de la Revolucion.

El marqués de Novaliches adelantó su descubierta hasta el Carpio, villa situada en la provincia de Córdoba, á cinco leguas de la capital.

Las hostilidades tenian que romperse muy pronto, puesto que los dos ejércitos enemigos estaban ya casi á la vista.

Los revolucionarios juzgaron conveniente quedarse á la defensiva.

Creíase el duque de la Torre que no habria necesidad de apelar al combate. Se comprende que él, que habia entregado su espada á la Revolucion, anheloso de estar al frente de la España revolucionaria, dudase lo que debia hacer un general de la Reina. Pero querer que todo el ejército olvidara sus juramentos, que en presencia del enemigo los sol-

dados de D.^a Isabel desertaran de su bandera, era esta una deshonra que no podia quererla ni aun el mismo general Serrano. El período de la dinastía se hubiera cerrado con una defeccion demasiado vergonzosa, y hasta debe admirarnos que el duque de la Torre creyese que el ejército español habia de ser capaz de una indignidad, de una perfidia semejante.

El duque de la Torre escribió al marqués de Novaliches la carta que á continuacion reproducimos:

«Excmo. Sr. Marqués de Novaliches, Capitan general de los Ejércitos nacionales.

«Muy señor mio: Antes que una funesta eventualidad haga inevitable la lucha entre dos ejércitos hermanos; antes que se dispare el primer tiro que seguramente producirá un eco de espanto y de dolor en todos los corazones, me dirijo á V. por medio de esta carta para descargo de mi conciencia y eterna justificacion de las armas que la patria me ha confiado.

«Yo supongo que en estas solemnes circunstancias habrá llegado oficialmente á su noticia todo lo que pueda contribuir á ilustrar su juicio acerca del verdadero estado de las cosas. Sin duda V. no ignora que el grito de protesta que ha lanzado unánime *toda la Armada*, ha sido inmediatamente secundado por las plazas de Cádiz, Ceuta, Santoña, Jaca, Badajoz, la Coruña, el Ferrol, Vigo y Tarifa, y por las ciudades de Sevilla, Málaga, Córdoba, Huelva y Santander, con todas sus guarniciones y todas las fuerzas del Campo de Gibraltar, y por otras muchas poblaciones que, sin temor de equivocarme, puedo asegurar que habrán ya tomado ó tomarán las armas con el mismo propósito.

«Difícil es conocer cuál es la mejor manera de servir al país, cuando este calla ó muestra tímida y parcialmente sus deseos; pero hoy habla con voz tan clara y tan solemne que no es posible que á los ojos de nadie aparezca oscura la senda del patriotismo. Hay especialmente un punto sobre el

cual no es lícita la equivocacion; tal es la imposibilidad de sostener lo existente, ó mejor dicho, lo que ayer existia.

«Estoy seguro de que dentro de sí mismo encuentra usted la evidencia de esta verdad, y en tal caso no podrá usted menos de convenir conmigo en que la obligacion del ejército es en estos momentos tan sencilla como sublime: consiste solo en respetar la aspiracion universal y en defender la vida, la honra y la hacienda del ciudadano, en tanto que la nacion dispone libremente de sus destinos.

«Apartarle de esta senda, es convertirle en instrumento de perdicion y de ruina.

«Las pasiones están afortunadamente contenidas hasta ahora por la absoluta confianza que el país tiene en su victoria; pero al primer conato de resistencia, á la noticia del primer combate, estallarán furiosas y terribles, y el primero que lo provoque será responsable ante Dios y ante la historia de la sangre que se derrame y de todas las desgracias que sobrevengan.

«En presencia del extranjero, el honor militar tiene temerarias exigencias; pero en el caso presente, V. sabe tan bien como yo, que el honor solo consiste en asegurar la paz y la ventura de los hermanos.

«En nombre de la humanidad y de la conciencia, invito á V. á que, dejándome expedito el paso en la marcha que tengo resuelta, se agregue á las tropas de mi mando y no prive á las que le acompañan de la gloria de contribuir con todas á asegurar la honra y la libertad de su patria.

«La consecuencia de los continuos errores que todos hemos sufrido y lamentado producen hoy indignacion y lástima; evitemos que produzcan horror. ¡Último y triste servicio que ya podemos prestar á lo que hoy se derrumba por decreto irrevocable de la Providencia!

«Su propio criterio esforzará mis razones; su patriotismo le aconsejará lo mejor.

«Mi enviado, D. Adelardo Lopez de Ayala, lleva encargo de entregar á V. este documento, y de asegurarle la alta

consideracion y no interrumpida amistad con que es de usted su afectísimo amigo y seguro servidor Q. B. S. M.

Francisco Serrano.»

Si el señor duque de la Torre trataba de evitar el derramamiento de sangre, era este un deseo generoso que nosotros aplaudimos sin reserva.

Es cosa que nos llena de horror la idea de un campo de batalla. No acertamos á comprender lo que ha de sentir el que tiene corazon al ver que allí se cañonean murallas de hombres lo mismo que se cañonean murallas de piedras; no sabemos persuadirnos de que pueda contemplarse á sangre fria el que por medio de la metralla se abra brecha en una masa de soldados como se abre en una trinchera. Es un espectáculo que solo el verlo dibujado en nuestra imaginacion nos espanta el de aquellos campos que se esterilizan entre charcos de sangre humana, en vez de fecundarlos el sudor del trabajo; el de aquellos infelices que despues de caer heridos por una bala mueren en la desesperacion bajo las patas de los caballos. Nos aturde solo el pensar que mientras unos van á recoger el laurel de la victoria otros mueren abandonados; y en el instante de su agonía, en aquella hora en que el hombre necesita junto á sí un alma que le ayude á creer y un corazon que le ayude á sentir, allí acaba solo, sin familia, sin hogar; en vez de los dulces consuelos de la Religion, oye el estampido de los cañones; en vez de las palabras de fe y de esperanza, que le abren los sublimes horizontes de la vida inmortal, nada mas que el polvo que levanta la metralla, saliendo de su pecho con su último suspiro un grito de desesperacion, y de su corazon un sentimiento de odio y de venganza contra sus enemigos. Allí la embriaguez de la pólvora produce vértigos horriblos; y arrastrado por ellos, el soldado se complace en hundirse en lodazales de sangre, esta sangre hasta quisiera beberla para apagar los ardores satánicos que siente dentro de sí; una pasion, que es mas de fieras que de hombres, le

hace correr loco, arrebatado, ya buscando la muerte para sí, ya sembrándola en torno suyo; y el humo de la fusilería mezclado con el polvo de aquellas masas de hombres que se ponen en movimiento, envuelve á los combatientes dentro de una atmósfera, donde queda ahogada toda impulsión del alma, todo sentimiento del corazón: los que dirigen la sangrienta maniobra, ya se deslizan rápidos como un fantasma, ya como un genio de destrucción sobre su negro pedestal, frios cual una estatua se detienen mudos y sombríos en medio de un monton de cadáveres; el ruido de los cañones, la gritería de la soldadesca mezclada con los toques de las cornetas y las músicas que excitan al ataque, y todo entre los ayes de los heridos, se parece aquello á unas comparsas infernales que celebran una bacanal de la muerte.

Otro motivo tenia el duque de la Torre para querer que no se llegara á un choque, que era, el de evitar que se llegase al triunfo pasando por una muralla de cadáveres, inmolados unos en el cumplimiento de su deber, mártires de la fidelidad á sus juramentos, y los otros inmolados... ¿por qué idea, por qué principio, por qué causa morian inmolados los otros? ¿Por la idea revolucionaria? Entonces la Revolución como idea era una cosa completamente indefnida; aquello, si algo venia á ser, se reducía todo á un concierto de ambiciones.

El encargado de presentar al marqués de Novaliches la carta del duque de la Torre fue D. Adelardo Lopez de Ayala.

Es el Sr. Ayala uno de los primeros literatos de nuestro país; su famosa producción dramática *El tanto por ciento* es considerada con justicia como otra de las mejores joyas del teatro moderno.

Pero sucede á menudo en nuestra época, y particularmente en nuestro país, que los poetas, hasta los mas distinguidos, descienden de su Parnaso para internarse en un mundo político, donde todo es prosáico; dejan la region del

suave céfiro, de las auras embalsamadas para ir á ahogarse entre la humareda levantada por el fuego de las pasiones de bandería; bajan de aquella pendiente tapizada con las flores de la imaginacion para pisar una tierra cubierta de espinas, que muy frecuentemente acaban por destrozarse las conciencias mismas.

El Sr. Ayala se hizo tambien hombre político. Escritor de ideas poco fijas, tiene en él mas imperio la imaginacion que las convicciones, y como por otra parte se adhiere con entusiasmo á las causas que defiende, trabajó con actividad en favor del movimiento, consagrando á la Revolucion la pluma que antes consagró á combatirla. Es el estilo del Sr. Ayala el que campea en el manifiesto de Cádiz, como se ve tambien el sello del distinguido literato en la carta del duque de la Torre.

Habia en el campamento varios amigos del reputado escritor que se oponian á que fuese al campo enemigo á traer la comunicacion del general Serrano, fundándose en el ejemplo de lo que sucedió al infeliz Vallin.

Convirtiéndose el Sr. Vallin en todo un agitador durante la época de la conspiracion. No habia empresa en que él no se encontrase, proyecto en que él no quisiese entrar ni com-promiso que no estuviese dispuesto á arrostrar. Se acercaba para él el esperado dia en que viese coronados con un éxito feliz sus muchos y peligrosos trabajos. El Sr. Vallin, cuanto mas próximo creia el triunfo, mas redoblaba sus esfuerzos.

La conspiracion de setiembre debe considerarse como una red inmensa de perfidias, de seducciones en que se echa mano de todo. Vallin trataba de poner término á la conspiracion revolucionaria de un modo digno de ella; trataba de ir á seducir la tropa del marqués de Novaliches. Movido por este propósito, monta un brioso caballo y se dirige á realizar su proyecto que, á mas de ser poco honroso, iba á costarle muy caro.

No dejaba de ser una temeridad el presentarse con una mision semejante ante las tropas fieles de la Reina, y esto

en medio del día y á la vista de todo el mundo. En el camino real de Montoro, Vallin fue reconocido por el coronel de caballería Sr. Ceballos Escalera. Los hechos de aquellos días, en que abundaron tanto las defecciones, habian de llenar de indignacion á un militar amante de la causa de la dinastía que habia jurado defender. El hecho de presentarse á sobornar á sus soldados el Sr. Vallin en unos momentos en que tan necesaria era la fidelidad de las tropas, la seducion ejercida cuando los soldados iban á hallarse frente á frente del enemigo, produjo en el Sr. Ceballos Escalera una irritacion tal, que en un momento de obcecacion hizo fusilar sin proceso alguno al desgraciado Vallin, que se presentaba para inducir á los soldados á que faltasen á su deber, á que rompiesen la disciplina, que si es necesaria siempre en el ejército, lo es mas en momentos como aquel. Las circunstancias esplican el hecho; nosotros distamos mucho de querer justificarlo. La ley señala los recursos que hay para semejantes casos, y un jefe militar debe atenerse á la ley, para estar siempre muy por encima de un jefe de pandilla.

Los revolucionarios calificaron á Vallin de héroe. Murió por el acto de indisciplinar al ejército, de seducir á las tropas, de inducir las á faltar á su deber en presencia del enemigo; pero esto era para bien de la Revolucion, y sabido es que segun la moral revolucionaria el fin justifica los medios. Al que realiza actos como el de Vallin, al reo de un conato de sedicion con circunstancias tan agravantes, la ley, la moral le llama un rebelde: la Revolucion le llamó un mártir.

Á pesar de las advertencias de sus amigos, el Sr. Lopez Ayala sabia bien que no le habia de pasar nada de esto. Su papel era muy diferente del de Vallin; estaba en la seguridad de que no solo no se intentaria nada contra él, sino que se le trataria con todas las atenciones personales.

El Sr. Ayala, con la sonrisa en los labios, manifestando la satisfaccion en el semblante, se dirige á llevar á cabo su

mision, en la casi seguridad de que ha de tener buen éxito. Entonces el Sr. Ayala no sabia concebir que pudiese haber nadie que no viese la cuestion política como él la veia; no es, pues, de estrañar que sintiese la complacencia propia del que creia que él era destinado á coronar la obra iniciada en Cádiz, volviendo con la sumision del ejército de Novaliches, que en su concepto, habria de adherirse al órden de cosas que la Revolucion iba á proclamar.

El Sr. Ayala partió para su comision sin otro acompañamiento que un corneta y dos lanceros, en una de cuyas lanzas ondeaba la bandera blanca del que se presenta á parlamento, cuya bandera se formó de varios pañuelos.

El marqués de Novaliches recibió al Sr. Ayala con la afebilidad y cortesía propias de una persona de su posicion y de su carácter. La contestacion fue digna del general que estaba al frente de las tropas de Isabel II.

«Excmo. Sr. duque de la Torre, Capitan general de los Ejércitos nacionales:

«Muy señor mio: Tengo en mi poder el escrito que se ha servido V. dirigirme por su enviado, D. Adelardo Lopez de Ayala, en el dia de hoy 27, aunque por equivocacion haya puesto en él la fecha del 28.

«Profundo es mi dolor al saber que es V. quien se halla al frente del movimiento de esta ciudad, y estoy seguro que en el acto de escribir el documento, y antes de recibir mi contestacion, habrá V. adivinado cual habia de ser esta.

«El Gobierno constitucional de S. M. la Reina D.^a Isabel II (Q. D. G.) me ha confiado el mando de este ejército, que estoy seguro cumplirá sus deberes, por muy sensible que le sea tener que cruzar las bayonetas con los que ayer eran sus camaradas; esto solo puede evitarse reconociendo todos la legalidad existente, para apartar de nuestra desventurada patria mayores desgracias. La Reina y su Gobierno constitucional lo celebrarian, y el pueblo, que solo

anhela paz, libertad y justicia, abriría su pecho á la esperanza, librándose de la pena que hoy le agobia.

«Si, lo que es de todo punto improbable, la suerte no favoreciese este resultado, siempre nos acompañaría á estas brillantes tropas y á mí, el justo orgullo de no haber provocado la lucha, y la historia, severa siempre con los que dan el grito de guerra civil, guardaría para nosotros una página gloriosa.

«El mismo enviado lleva encargo de entregar á V. esta respuesta que debe mirar como la expresion unánime del sentimiento de todas las clases del ejército que tengo el honor de mandar, sin que por esto deje dudar de la alta consideracion y no interrumpida amistad con que es de V. afectísimo amigo y seguro servidor que besa su mano.

Novaliches.

«Cuartel general de Montoro 27 de setiembre de 1868.»

La contestacion no podia ser mas digna. La responsabilidad de la sangre que iba á derramarse no caía sobre el General que estaba dentro de la ley. La provocacion provenia de los que se separaban de la legalidad existente; si álguien habia de oír la voz de la conciencia, este no era seguramente el marqués de Novaliches, que libre de remordimientos podia presentarse á donde le llamaba su honra de monárquico y su deber de soldado. Que la sublevacion contase con muchas fuerzas, que tuviese en su favor toda la armada y la mayor parte de las poblaciones de Andalucía, y aun de toda España, si se quiere, razon era esta que habia de hacer poca fuerza en un militar español. Aun cuando la legalidad existente no pudiera triunfar se la pudo y se la debió defender. El general Serrano veia claro cual era la voluntad de la nacion al escribir su carta. ¿Y qué queria la nacion? ¿Quería como Topete una monarquía de Montpensier, ó como Prim una monarquía progresista, ó la democracia de Rívero, ó la república de Paul Angulo? Mal pudo saberlo

entonces el general Serrano, cuando aun no lo sabemos ahora.

«La consecuencia de los continuos errores que hemos sufrido y lamentado producen hoy indignacion y lástima.» El duque de la Torre no previó qué es lo que se diria á él y á sus amigos seis años mas tarde.

En vista de la contestacion del marqués de Novaliches, los revolucionarios se dispusieron para la defensa, eligiendo el campo de Alcolea. Parece que el genio de la Revolucion les inspiraba al escoger aquel terreno, donde resonaran un dia los cantos de triunfo de los enemigos de la cruz, aquel terreno que los califas de Córdoba, los defensores del Profeta, hollaron con su maldecida planta.

Hasta el nombre de Alcolea es un nombre árabe.

El sitio escogido por el duque de la Torre se halla situado á dos leguas de Córdoba. En la orilla derecha del Guadalquivir, se encuentra el pueblo llamado las Ventas, y cerca de él el famoso puente, que es de mármol negro y consta de diez y nueve arcos. El puente forma parte de la carretera de Madrid á Córdoba, único paso para las tropas, pues el del ferrocarril estaba inutilizado. Téngase en cuenta que el eje del puente forma un ángulo obtuso, lo que hace que no pueda enfilarlo la artillería. Á la izquierda del puente comienza á levantarse una llanura, y mas adelante, hácia la parte de Madrid, unos espesos bosques de encinas y olivos, principio de la sierra de Córdoba, inaccesible para los ejércitos. La orilla derecha del rio es una planicie, que la carretera y el ferrocarril siguen hácia Córdoba, casi paralelos al Guadalquivir.

Recibida la contestacion del marqués de Novaliches, el ejército revolucionario empezó á tomar posiciones.

Las tropas leales á la Reina y las que se habian apartado de su fidelidad, constituian un mismo ejército, se agrupaban en torno de la bandera española, no se diferenciaban sus insignias. Menester fue que para cuando llegase la lucha se buscara un distintivo para que los revolucionarios

pudieran reconocer fácilmente á los que estaban de su parte y no confundirlos con los enemigos. El duque de la Torre se ciñe en el brazo, y da órden para que lo hagan los demas, una cinta de percalina encarnada. Serrano persistia aun en la temeraria creencia de que los de Novaliches habian de pasarse á él apenas se avistasen los dos ejércitos; así es que se procuró tambien un repuesto de cintas encarnadas, que se llamaron desde entonces de color de Alcolea, para que las ostentasen tambien los que entonces iban hácia el puente en son de guerra, pero que él confiaba acabarían por darse el abrazo de hermanos apenas llegaran á avistarse.

No se ocultaba á la prevision del marqués de Novaliches la necesidad de ocupar antes que la tropa revolucionaria el puente de Alcolea, posicion difícil de tomar si estaba bien defendida.

Supo Novaliches que el puente se hallaba ya á disposicion de los revolucionarios. En esta situacion, preparados estos en sus posiciones, tener que ir á desalojarles no solo era operacion de un éxito dudoso, sino que todas las probabilidades estaban en favor de los de Serrano. Atacarles teniendo que pasar el puente, mas que valor podia parecer una temeridad; pero hay circunstancias en que el militar, mas que valiente, se ve en la precision de ser temerario. Á querer salvar su honra de general y su responsabilidad de jefe de un ejército, pareceria que lo mas acertado era esperar á que se reuniesen mas elementos, ó que fuera Novaliches el que escogiese el punto donde hubiera de darse la accion: decidirse por tomar la defensiva en vez de la ofensiva. Pero habia que salvar el trono, y á aplazarse la batalla el trono estaba perdido.

«Es menester que la accion se dé inmediatamente,» telegrafaba el Gobierno desde Madrid. Y en efecto, era así: un aplazamiento habia de ser fatal. Á cada instante se recibia la noticia de nuevas fuerzas sublevadas, de nuevos pueblos insubordinados: la fiebre revolucionaria se habia

convertido en un contagio que hacia víctimas por todas partes. Los jefes del ejército de D.^a Isabel veían el incendio tomando espantosas proporciones; por poco que se aguardara, el querer atajarlo había de ser tarea completamente imposible. Cada hora que pasaba era un triunfo para la Revolución.

¿Se había de permitir que la campaña revolucionaria no fuese mas que un paseo militar de Córdoba á Madrid? ¿Había de esperarse el momento en que ya perdido todo, se dijese que la Revolución había triunfado de una manera definitiva antes de encontrar un ejército que defendiese la monarquía y un caudillo que supiese sacrificarse por ella? Jamás Novaliches había de permitir que se escribiese en la historia de la dinastía una última página que hubiera sido una vergüenza. La vida de un hombre nunca vale tanto como cuando se sacrifica al deber: Novaliches en su decision manifestó valer lo que vale un grande hombre. Había entonces que representar un sublime papel en la historia. España tuvo la suerte de que no faltó un hombre que lo aceptase; en la última hora de la dinastía, la historia guardaba una corona para un héroe; esta corona el marqués de Novaliches quiso recogerla.

Otra circunstancia fatal contrarió á los defensores de la dinastía.

Cuando un ejército verifica sus operaciones en un país donde tiene simpatías, esto constituye ya de por sí una ventaja imponderable. En un país amigo se cuenta con confianzas, con recursos; se puede tener seguridad en los pasos que se dan; el buen espíritu de las gentes alienta al soldado; pueden realizarse sorpresas que desconcierten al enemigo: al contrario; si el país es hostil, entonces se camina como entre tinieblas, á cada paso que se da se corre el peligro de poner el pié en falso; se requiere entonces una prevision, una vigilancia que hace que las operaciones no se ejecuten con la correspondiente precision: y el país era hostil á las tropas de la Reina.

El 28 de setiembre, al apuntar el dia, en combinacion con el general Echevarría, y cuando el marqués de Novaliches habia salido ya del Carpio con el grueso del ejército, el brigadier Lacy sale de Villafranca, lugar situado á dos leguas del puente de Alcolea, camina por las alturas de aquellas vertientes y atraviesa con intrepidez un arroyo que se llama el Guadamellado, que desemboca en el Guadalquivir, antes de llegar al puente.

El general Caballero de Rodas, que era á quien el duque de la Torre habia puesto al frente del ejército mientras él se habia ido á Córdoba á dictar disposiciones que creyó necesarias para el éxito de la accion, ve á los de Novaliches que iban deslizándose por la falda del monte llamado Las Cumbres y que rebasaban la carretera. El general echa una mirada al campamento, y se persuade una vez mas de que sus posiciones son inespugnables; y con esa satisfaccion propia del caudillo que está seguro del éxito de una accion, dice mirando al enemigo que se hallaba todavía á una legua de distancia:

—Verán Vds. qué poca pólvora gasto yo.

Mientras los de Lacy se iban acercando, tenian lugar entre el ejército de la Revolucion diálogos como el que vamos á dar á conocer.

—¿Te parece si al fin tendrémos funcion, Periquillo? decia á un camarada suyo un cazador de Segorbe, uno de esos muchachos rudos y bonachones que creyó de buena fe lo que le dijeron, de que con la Revolucion se abrían para España las puertas de un nuevo paraíso.

—Y tú, ¿qué crees, Cazurro? que este era el nombre del que le habia preguntado.

—Se me figura que la pólvora va á quedarse hoy encerrada en nuestros fusiles; que la sangre no llegará al rio, y esto que el rio corre muy cerca.

—Pero ¿y por qué?

—Porque cuando entren á saber los soldados de Novaliches que lo que nosotros queremos es la República, y que

con la República ya no tendremos que servir al rey ni ser criados de los ricos...

—Pues para mí, Serrano tiene tanta cara de republicano como Novaliches. ¿Y tú te crees que despues de este jaleo, en que ellos siempre ganan y nosotros siempre perdemos, tú y yo vamos á ser iguales con el general? Lo que es él va todavía á caballo, y tú aun andas á pié, y mientras tú y yo estos dias hemos estado comiendo un rancho miserable, ellos se hartarian de buenos pollos en esos convites que les daban en todas partes. Y por señas que no trataron de repartirlos entre nosotros.

—Pues mira, á mí me ha dicho el cabo Gimenez que guarda unas proclamas que dicen unas cosas muy bonitas, que se nos va á dar la licencia absoluta...

— ¡Lástima que no hayas guardado para adornar el canuto de la licencia la cinta que te han puesto en el brazo! Á mí se me figura que mientras tú y yo hemos venido aquí para servir de carne de cañon, estos señores deben estar rondando algun negocio que solo les aprovechará á ellos.

Los sucesos que vamos á referir cortaron esta conversacion, que á oirla algun jefe podia ser un poco peligrosa para los que la sostenian.

La brigada de Lacy, envuelta entre los olivares y encinares de Charcillerejo y Pendolija, que terminaban en el ala izquierda del ejército de Serrano, caminaba sin ver á los enemigos y sin ser vista por ellos.

Al fin la vanguardia de Lacy se encuentra frente á frente de las tropas enemigas. La situación de Lacy era desventajósísima. El jefe de las avanzadas de Serrano le llama para decirle que tiene orden de no romper el fuego hasta que le ataquen, pero que tenga en cuenta que el primer cuerpo de ejército le ha cerrado el paso, y que sus tropas no pueden ni avanzar, ni retroceder.

Tal era, efectivamente, la situación de la vanguardia de Novaliches. El ejército de la Reina acababa, sin un tiro, de perder toda una brigada, pues los de Lacy puede decirse

que se hallaban imposibilitados de obrar. Fácil es adivinar al impaciencia, la angustia de aquellos al hallarse en lance que no solo era apurado para ellos, sino que destruía todas las combinaciones de Novaliches.

Después de hora y media, pasada en una inacción absoluta, sin saber qué partido tomar, hora y media que á los de Lacy había de parecerles un siglo, oyen los frenéticos vivas que se dan al general Serrano, el cual acaba de presentarse en el campamento.

La primera diligencia de Serrano fue invitar á Lacy á una entrevista.

Correspondió Lacy á la invitación.

—En este momento, le dice Serrano, ocupa V. una posición peligrosa entre dos ríos y mi ejército que le puede desbaratar. Los esfuerzos de V. serán ineficaces para levantar lo que se derrumba. Invito á V. á que se venga con nosotros.

Lacy responde á Serrano que sobre todo está su deber, y que sabrá cumplirlo; pero que no tiene inconveniente en poner en conocimiento del general en jefe lo que se le acaba de decir.

Al ver Lacy á Echevarría se apresuró á dirigirse á él para decirle:

—Mi general: estamos perdidos. He marchado con mis batallones en la confianza de que el puente de Alcolea estaba ocupado por nuestras tropas, y me veo unido á las fuerzas sublevadas. El duque de la Torre, al manifestarme mi situación, me invita á que evitemos el derramamiento de sangre, que sería inútil. Creo que tenemos que capitular. He empeñado mi palabra de honor de no hacer fuego sin dar previo aviso al duque de la Torre.

—Señor brigadier, contestó resueltamente el general Echevarría; tengo orden de combatir, y la obedeceré.

El general Lacy mandó avisar al duque de la Torre que iba á romper el fuego, lo que se verificó á las tres y cuarto de la tarde.

Los dos ejércitos se batieron como se bate siempre el soldado español. Hubo en la de Alcolea las peripecias propias de toda batalla. Á momentos de vacilacion seguian perspectivas de esperanza.

Un acto de arrojo de los cazadores de Madrid y de Barbas-tro iba á comprometerlo todo. El ejército de Echevarría cede, pero el General en uno de sus arranques se pone á la cabeza de los suyos, y los reanima, exclamando:—«Valientes á morir con honra: seguidme.» Y logra contener el ímpetu de los enemigos.

Pocos instantes despues, un batallon de infantería de línea de las tropas del duque de la Torre avanza en columna sobre el frente de los de Echevarría, cuando se oye el grito de —«¡ General se nos pasan!» En efecto, gran número de rebeldes levantan al aire las culatas de sus fusiles. Echevarría corre hácia ellos gritando con entusiasmo:

—«Bien, muchachos, bien...»

Hasta entonces la batalla quedaba indecisa, pero esta defeccion podia inclinar la balanza en favor de los soldados de la Reina, los cuales llenos de júbilo rodean al General. Los unos le aprietan la mano, los otros gritan: «Viva la Reina.» Pero en medio de aquellos gritos resuena el de «Viva Prim.» La primera vez es débilmente contestado; pero se profiere segunda vez, y la segunda vez llenan los aires numerosas voces que repiten este grito. Semejante ocurrencia produjo en el cuerpo de ejército de Echevarría momentos de confusion y de desórden.

Dejemos rehaciéndose á los de Echevarría del desconcierto producido por esta traicion, para ir á contemplar la batalla en donde está el grueso de los dos ejércitos, que es junto al puente de Alcolea.

El general Novaliches, con su denodado valor, trata de forzar el puente, porque en ello le va el triunfo.

Eran ya las seis de la tarde, y empezaba á anochecer, cuando con la sangre fria mas admirable, el arma sobre el hombro y á paso regular avanza hácia el puente la primera

columna de ataque, conducida por el oficial de estado mayor, Sr. Perez de Meca. Los revolucionarios creen que tan reposada actitud es hija de que van á hacer causa comun con ellos. Al estar á cincuenta pasos de distancia, Sawas, capitan de los sublevados, grita: «¡Viva la libertad!» Á esta voz el bravo jóven Perez de Meca, con un entusiasmo propio de la fe en la causa que defiende, grita á su vez: «¡Viva la Reina. Muchachos, compañeros, á dormir á Córdoba!»— Suena inmediatamente una descarga. El valiente Perez de Meca cae herido mortalmente, y pocos momentos despues muere con los ojos vueltos al cielo, y exclamando:

—«¡Adelante, muchachos! ¡Yo no hago falta! ¡Viva la Reina!»

Cón el denodado Perez de Meca que se inmoló tan heróicamente en el altar del deber, cayeron tambien otros muchos de la primera compañía. Se nota en esta alguna vacilacion, parece que quiere replegarse sobre la segunda; pero se apercibe de ello Novaliches, da espolazo á su caballo, acude al puente, arenga á la tropa, y poniéndose á su cabeza prorumpe con el grito de:—«¡Seguidme! ¡Viva la Reina!»

Era aquello un diluvio de balas. El estampido de la artillería resuena á grande distancia, las bocas de los cañones vomitan fuego por todas partes. Viene una hora en que el puente de Alcolea está convertido en un volcan. Las tropas leales adelantan con un arrojo inconcebible. Les comunica tanto valor la presencia de ánimo de su general, que avanza por en medio de aquella lluvia de metralla. Algunos momentos mas y Novaliches atraviesa el puente, y la causa de la dinastía triunfa. Pero á favor de las llamaradas que salen de aquellos fusiles, se ve caer desplomado de su caballo el cuerpo del general... Una impresion de terror detiene á las tropas leales... Mientras los de Serrano gritan frenéticos en su embriaguez: ¡Viva la libertad! en el ejército de la Reina domina el silencio mas solemne y mas majestuoso.

¡La suerte estaba echada! La bala que derribó á Pavía de

su caballo arrancó de su pedestal el trono de Isabel II. La Reina de España unió su suerte á la de tan bizarro militar: al caer Pavía cayó la Reina.

Las tropas leales se estremecieron. Comprendian que el estruendo que acababa de sentirse en Alcolea, era el ruido que hacia al derrumbarse un trono secular; que aquellas nubes de humo eran el polvo que se levantaba al verificarse la caída.

Cesó el fuego. ¿Quién fué el héroe de aquella accion? La gloria de la jornada no perteneció á los vencedores sino á los vencidos. Seis años han pasado desde que los revolucionarios recibieran la corona de un momentáneo triunfo. ¿Qué es hoy de aquella corona?

Empieza á escribirse la historia de tales acontecimientos, y la historia dice que el héroe de Alcolea es aquel que fue sacrificado en aras de su deber y de su honor, de aquel que prefirió caer con el trono que triunfar con la Revolucion.

Ninguno de los generales sublevados fue herido. Creemos que algunos de ellos tendrian corazon; los que lo tuviesen habian de salir con el corazon traspasado.

No queremos saber hasta donde llega la embriaguez de triunfo semejante. Si se conservase la calma del espíritu, nos parece que la satisfaccion de una victoria como aquella habria de ser bien triste.

Serrano meditabundo, abatido, pasa por aquellos charcos de sangre, escucha los ayes de aquellos heridos, contempla aquellos montones de muertos, con un alma que en tales momentos habia de estar mas llena de sombras que aquella triste noche.

La serenidad que ha conservado durante la batalla, la pierde despues del triunfo. Tal vez se presentan á su imaginacion aterrada las sombras de las infelices víctimas; tal vez resuenan en el fondo de su pecho los lamentos de los heridos, tal vez vislumbra á lo léjos los desastres que van á caer sobre la patria.

Ya está hecho el vacío ¿quién ha de llenarlo? Si se hizo

Serrano semejante pregunta ¿cómo se la contestó? Y debemos suponer que esta pregunta el general Serrano hubo de hacérsela.

Echado sobre un arcon se le vió llorar en aquella fatal noche. Razon tenia para derramar abundantes lágrimas. Muchas ha derramado la España despues de aquel suceso, y muchas derramará todavía.

—¡Ya cumplí mi mision! exclamó el duque de la Torre. Si esta fue su mision, menester es confesar que al general Serrano le impulsaba destino bien funesto.

Las últimas palabras que pudieron recogerse del duque de la Torre, fueron:

—¡Qué gana tengo de encerrarme en un cuarto con mis hijos *sin acordarme de nada!*

¡No acordarse de nada! ¿Era posible que no se acordase de nada el general Serrano, despues de la noche del 28 de setiembre? Tal vez un genio maléfico recogia sus votos. Tal vez ni aun siente un remordimiento. Qué severidad será la de la historia para el general Serrano, si tiene que escribirse en ella:—Despues de concluida su obra, el duque de la Torre *no se acordó de nada.*

CAPITULO V.

S. M. la Reina.

Cuando se avecina una gran catástrofe para una institucion, imprégnase la atmósfera respirada por los que la personifican de fatídicos síntomas que, infundiendo inexplicable malestar, cierran el horizonte del porvenir con sinietras negruras. En semejantes situaciones, el silencio es la elocuencia mas expresiva. Al salir la corte de Madrid, en

agosto de 1868, no hubo en realidad demostracion alguna repulsiva á los augustos soberanos; el homenaje oficial, la veneracion pública acompañaron á los ilustres viajeros que, mas tranquilos que el espíritu de la opinion, no presumian que aquella despedida de la coronada villa entrañaba la próxima despedida de la patria. Sin embargo, el sagaz observador podia leer en el rostro de los hombres políticos y en la actitud de las masas algo misterioso que reflejaba la inquietud amarga de los adictos, la esperanza risueña de los adversarios y la penosa incertidumbre de todos. La misma energía con que eran pronunciados *los vivas* revelaba íntimos temores de muerte, y los esfuerzos combinados para evidenciar adhesion y lealtad de unos certificaban la vecindad y los peligros de la traicion de otros.

La régia familia se dirigió al Escorial. El célebre monumento de la gloria artística y religiosa de Felipe II fue la primera etapa del itinerario espinoso, que iba á terminar en el no menos histórico alcázar de Enrique V.

Aquel célebre edificio, parto admirable del consorcio del arte y de la piedad, permanece sentado en una de las umbrosas vertientes del Guadarrama, como gigante cenobita, como meditativo monje en medio de un desierto erizado de peñas, á la sombra de espesos bosques de seculares árboles. Siendo á la vez palacio, monasterio y sepultura, sintetiza todas las grandezas de nuestra magnificencia nacional. El mas eminente de nuestros soberanos, por su influencia y poderío, legisló desde allí, vivió allí, quiso ser enterrado allí, legando á la posteridad un recuerdo de cuán Rey era legislando, orando y muriendo. Pocos hombres, como el inspirador del Escorial, han reunido tanta gloria y tanta indiferencia; quizá porque avanzó mas que otros en el sendero de la soberanía humana, descubrió tambien mas que otros la veleidad y lo deleznable de los imperios; siempre venturoso y siempre melancólico, Felipe II, es un tipo especial, por muchos estudiado, por pocos comprendido. El real sitio de San Ildefonso es la traduccion monumental de su alma

grande y sombría; por esto todo es allí magnífico y melancólico. Quiso fuera aquella maravilla del mundo un himno dedicado á Dios, y un panteon consagrado á recibir las cenizas suyas y de los que heredaran su corona. Entre todas las congregaciones religiosas, eligió la de los Jerónimos para poblar aquel retiro, donde no cabia otro tumulto que el de las bellas artes y el de las cristianas virtudes. Es que existe estupenda semejanza de caracteres entre san Jerónimo y Felipe II; ambos, en sus diversas situaciones, representan la inflexibilidad severa, el amor justiciero, la impetuosidad contenida, la dignidad invencible. Las obras de san Jerónimo son el Escorial de la literatura cristiana; el Escorial es la literatura de san Jerónimo, escrita en un libro de piedra.

Aquel edificio, teatro de tantas y tan célebres escenas con la historia de España relacionadas, vió entrar uno despues de otro los cadáveres de los reyes de las dinastías austriaca y francesa, desde Felipe II; pero aquellos cadáveres solo personificaban la muerte sensible de individualidades régias; en el Escorial se sepultaban los monarcas muertos, rodeados del resplandor de la monarquía viva; mas al pisar aquellos sagrados umbrales D.^a Isabel II, el Escorial presenció un hecho de nueva índole; sus bóvedas soberbias cobijaron por primera vez una Reina viva personificacion de una reyesada traspasada por el filo de la muerte.

¡Cuántos presagios se agolparian á la mente de la régia señora al visitar los sepulcros de los que la precedieron en el trono, que veia ya siendo el blanco de las coaliciones apasionadas! Si Felipe II hubiera podido reanimar sus inertes cenizas, reconstituir su disuelto cuerpo, encarnar en él su vigorosa alma, incorporarse sobre su sarcófago y hablar á la heredera de su poder, le hubiera, sin duda, dirigido palabras á estas semejantes: «Tu visita al Escorial, régia sucesora mia, me entristece mas que la lobreguez de mi tumba. Leo en tu corazon fiel la expresion tristísima de tus angustias; temes por el trono, por ese trono tuyo hoy, que

cuando era mio de todos se hacia temer; ¿cómo ha venido á ser juguete de los políticos lo que era el centro de gravedad de todas las instituciones españolas? ¡Mendigar ha el sosten lo que era apoyo firmísimo de todo! ¿Qué va á ser de nuestro cetro que marcaba en mi época el compás de los movimientos sociales? ¿Temes? razon tienes para ello. Un reino socavado por una conjuracion constante, un trono insultado con cínico descaro, injuriado con diabólica malicia son dos cosas estas que me parecian imposibles en mis tiempos, y que hoy son realidad funesta. Dios te salve, hija de Fernando, Dios te dé la paz para tí y para tu agitado pueblo. Esta paz no la espero para vosotros, pues desde mi frio reposo, descubro las agitadas llamas de las pasiones devoradoras, que no solo amenazan, sino que ya invaden, prosperan y destruyen.»

D.^a Isabel salió del Escorial para las Provincias Vascongadas, el día 10 de agosto. En aquel país, tan amigo de las venerandas tradiciones, fue recibida con manifestaciones de lealtad, pues, si bien el tinte revolucionario de algunos actos del último gobierno de O'Donnell sembraron el disgusto en los partidarios de la monarquía católica, el pueblo veia en Isabel la Reina que olvidó con nobleza los agravios que de ellos habia recibido en su cuna. Envidiable paz reinaba en aquellas comarcas, donde los halagos de la riente naturaleza sustituyen con ventaja las magnificencias de regiones mas industriales. Gusta la Reina del trato sencillo, de la espontaneidad franca, como quien ha nacido en palacio con talento suficiente para conocer, y por lo tanto para despreciar, las mezquinas intrigas palaciegas. Es la etiqueta un yugo tanto mas pesado, cuanto mas lo abrillanta el oro que la cubre; por mucho que sean preciosas las piedras engastadas en la corona, no dejan de ser pesadas, y de ahí que una corona pesa tanto mas cuanto mas es rica. La magnificencia de la corona oprime siempre la sien coronada, de modo que al quitársela el rey disfruta de agradable libertad.

Isabel II gozaba en aquel país, en el que mas era consi-

derada como señora que como Reina, ya que uno de los caracteres distintivos de aquellas Provincias es su empeño en considerar al Monarca como el primer ciudadano.

Tres años antes, S. M., tambien acompañada del entonces príncipe de Asturias, habia visitado aquellas tranquilas playas. Como fueron recibidos allí los augustos viajeros lo describen algunas anécdotas publicadas á la sazón. La primera escursión de la real familia fue á Guetaria, que acababa de unirse con su hermana Zarauz con un camino admirable. En aquel hermoso fondeadero estaban la goleta *Caridad* y el vapor remolcador *Isabel II*, ambos de nuestra marina de guerra, é hicieron las salvas de artillería, y la tripulación de la goleta subió á las vergas y dió los vivas de ordenanza con indecible entusiasmo. Estas salvas y vivas hicieron conocer á los habitantes de Guetaria la inesperada visita de sus majestades y altezas, y echaron á vuelo las campanas y adornaron precipitadamente sus casas y salieron á victorear á los augustos huéspedes. Era ya tarde, y la Reina reservó para otro dia de los inmediatos el visitar y examinar la noble y linda villa, donde vió la luz y tiene una hermosa estatua de bronce, Sebastian del Cano, el primer navegante que dió la vuelta al mundo.

Al dia siguiente, el viaje de SS. MM. y AA. fue un poco mas largo, pues se extendió al puertecito de Zumaya. Es imposible describir el entusiasmo con que por aquellos industriosos y honrados moradores fueron recibidos. Sorprendió á los zumayeses la llegada de los régios viajeros, y como por ensalmo apartaron de las calles el trigo que estaban limpiando; retiraron las redes del muelle y pusieron sus calles y plazas como tazas de plata, sin olvidarse, por supuesto, de adornar ventanas y balcones del mejor modo que pudieron. Ya no se contentaban con atronar el espacio con sus continuos vivas, sino que los acompañaban con estrepitosos *chalos* (aplausos), y hasta se les veia llorar de entusiasmo. Hé ahí ahora algunos de los rasgos mas notables de este viajecito, en que SS. MM. y AA. gozaron lo indecible.

— «¡Viva gure erreña maitiá! gritaban los zumayeses locos de entusiasmo.»

— ¿Qué dicen? preguntó la Reina al Sr. Balzola.

— Dicen: «¡viva nuestra querida Reina!»

Y á la Reina se le saltaron las lágrimas al oír esto.

Un marino viejo, una especie de lobo marino, se acercó al diputado Sr. Colmenares, y creyendo que este no sabia vascuence, le preguntó en el malísimo castellano que él sabia, señalando al principe de Asturias que saltaba y brincaba como los chicos del pueblo:

— «¿Ya sabes, tú, señor, quién es ese chiquito?»

— El que ha de ser nuestro rey.

— Miliá de demonio, qué chiquito tan listo está! ¡Viva errey chiquito!

Un pobre anciano, no creyendo bastante enérgicos y expresos sus vivas y sus demostraciones de amor á la Reina, gritó:

— «¡Fuera Carlos V!»

Una mujer, que habia adornado su ventana con la ropa dominguera, saludaba á la Reina con un pañuelo, y pareciéndole esto poco expresivo, tomó una sábana, y con ella continuó sus saludos.

Llamó la atencion de SS. MM. una iglesita muy linda, cuyas campanas se deshacian á repicar, y quisieron visitarla. Era la de un convento de religiosas de San José. Sus Majestades y los que las acompañaban entraron en la clausura y conversaron con las monjas. Entre estas habia una novicia preciosísima, á quien preguntó la Reina:

— «¿Estás decidida á profesar?»

— «Sí, señora; ese es mi mayor deseo.»

— Dicen que Dios escucha las primeras oraciones de las vírgenes que se consagran á su servicio: pídele por España, por mis hijos, por mi marido y por mí.

Cuéntase, que cuando S. M. visitó en 1845 las Provincias Vascongadas, — pues siempre les han profesado predileccion noble, — llegaron á Mendaro, y los mendarenses determinaron ofrecerla unos bizcochos de los deliciosos que

allí se fabrican. Nadie se atrevía á presentárselos, hasta que el sacristan, que era un poco mas audaz y perito en el habla castellano, se decidió á encargarse de aquella mision, y la desempeñó diciendo á la Reina:

—«Erreíña nuestra, Mendaro mejor que esto no tiene. Come estos bizcochos con la madre y la hermana, y piénsate que con el corazon damos.»

Tanto gustó á S. M. la sencillez y el laconismo de este discurso, que cuando oye una larga y difusa arenga, murmura aun por lo bajo:

—«¡Ay sacristan de Mendaro!»

Felizmente no tiene S. M. que recordar aquí al sacristan de Mendaro, porque las arengas son cortas. Véase como muestra la que le dirigió el alcalde de Zumaya.

—«Señora: la villa de Zumaya saluda á VV. MM. y AA., y pone á su disposicion cuanto tiene y cuanto vale.»

Escenas semejantes se repetian en 1868, pues está en la índole de aquel pueblo sencillo considerar á las grandes personificaciones del poder como á padres ó patriarcas, en quienes se vincula el amor y la felicidad de los súbditos.

La tempestad se formaba en el Mediterráneo, si bien pavoneábanse en el Cantábrico las soberbias naves, que debian izar el estandarte monarquicida.

Resistíase D.^a Isabel á creer que sus estimados servidores fraguasen imponente tormenta contra su corona, y cuanto mas insistian ciertos cortesanos en que Malcampo y Topete estaban al frente de la sedicion de la marina, mas ella rechazaba con indignacion semejantes juicios. —«Pues ¿en qué he faltado yo á Topete?» — contestaba ella; —«¿qué desatencion he tenido yo á Malcampo? ¿No son dos jefes que merecen mi absoluta confianza? Desde que murió Narvaez no veis sino espectros y fantasmas.»

Esta vez el corazon engañaba á la inteligencia, y la Reina, que tantas veces habia sido víctima de las contradicciones de los políticos, descansaba en la fe á la lógica moral de sus servidores.

Para dar una prueba de confianza á la armada, quiso la Reina visitar la fragata *Zaragoza*, que á este propósito ancló frente á Lequeitio.

El buen recibimiento que mereció de los jefes y soldados confirmó á la Reina en su idea primitiva. — «Ya lo veis: ¿dudais aun?» dijo despues á uno de sus mas alarmados confidentes. Los que no eran pesimistas como el ministerio, se entregaron á la confianza mas completa, y no faltó quien calificó de «niños con bigote,» á los que continuaron sosteniendo la necesidad de repetir el «alerta.»

Pocos días tardó en vacilar la persistente seguridad de los optimistas. La actitud de la oficialidad de marina en el besamanos celebrado en San Sebastian el dia 19 de setiembre, que sin ser irrespetuosa fue visiblemente seca y reservada, hizo aparecer en el sereno ánimo de la Reina las primeras nubes de la desconfianza. Terquedad hubiera sido desde aquella hora el dudar que se tramaba algo por parte de la armada, pues las mas rudimentales nociones de conveniencia política, preceptuaban el que se externizaran con empeño los sentimientos leales en ocasion que tomaban cuerpo las acusaciones preventivas.

Redoblóse la vigilancia, pero no parecia tan vecina la prueba, que impidiera los preparativos de una solemne entrevista de S. M. con el Emperador de los franceses, proyectada en aquella internacional frontera. ¡Santos designios de la Providencia! ¿quién le hubiera dicho á Isabel que no una sino varias entrevistas tendria ocasion de celebrar con Napoleon III, mas en calidad de expatriada huésped, que en el de coronada soberana?

Precipitábase los acontecimientos y no tardó en llegar la noticia de que el pendon insurreccional ondeaba ya en Cádiz. Era cierto: habia empezado la ruidosa funcion con estas palabras de Topete, escritas el 17 de setiembre de 1868: «Gaditanos, un marino que os debe señaladas distinciones...» que vinieron á ser, como si dijéramos *en el nombre del Padre...* de aquel ensarte de aberraciones que se llamó

la Revolucion, que debia terminar en 30 de diciembre de 1874 con aquel «mil expresiones á Rosario,» especie de *Ave Maria Purisima* final, dicho por telégrafo desde Logroño por Serrano.

La primera idea de la Reina fue regresar á Madrid, pero hiciéronla desistir de ello los ministros que la rodeaban. Resolvió luego cambiar el ministerio, confiandola formacion del nuevo, como ya hemos dicho, al señor marqués de la Habana, con orden de que fuera á la coronada villa á constituirlo, supuesto que tambien el Excmo. Sr. D. José Gutierrez de la Concha negó á S. M. la aprobacion de su regreso. No opinaba como Gonzalez Brabo y Concha el señor conde de San Luis que, consultado sobre el particular, contestó á la Reina:—«Señora, no seria fiel á la monarquía, ni sincero con V. M., si le disimulara mi firme conviccion de que el deber de la Reina de España en estos momentos solemnes es regresar á la capital.»

Á medida que iban llegando noticias de los progresos de la rebelion se aclaraban las filas de los cortesanos. Se necesita mucha nobleza de alma para resistir al impulso aver-sivo de la desgracia, y esta grande y delicada cualidad escasea en todas las regiones, y sobre todo es muy rara en los alcázares.

No amedrentaban el ánimo de la Reina los crecientes bramidos del oleaje revolucionario, antes con varonil decision intentó sobreponerse á todas las vacilaciones y marchar á Madrid, donde, como centro que es de la monarquía, podria dirigir á toda la circunferencia las corrientes de su influjo. El dia 30 de setiembre, la Reina, reuniendo su corte, dió esta orden:—«Partamos;» y en efecto, dirigieronse á la estacion del ferrocarril, SS. MM., el príncipe de Asturias, Moctezuma y Villamagna, los generales Belestá y Alós, el coronel Campos y el jefe de Alabarderos, marqués de Santiago.

Ya en el tren, recibieronse dos pliegos que contenian un parte telegráfico duplicado, en el que Concha prevenia al

ministro de Estado interino, Sr. Roncali, y al capitán general de las Provincias, Sr. Vargas, que el camino de hierro estaba cortado, y en consecuencia, era indispensable suspendiera su viaje la corte, dado que no le hubiera emprendido.

Grave disgusto causó á la Reina este aviso, pues era tal su decision, que exclamó:—«No importa, no retrocedo.» Mucha era la responsabilidad del Ministro en aquel conflicto, y de ahí, que se empeñara en meditar antes sobre la conveniencia de una partida que pudiera tener siniestros resultados. Hubo allí opiniones diversas, emitiéronse pareceres encontrados. Pretendian unos se enviara otro telégrama, pidiendo á Concha donde estaba la cortadura del camino; otros que se marchara con precaucion hasta donde fuera posible llegar: la opinion de los primeros prevaleció, pero inútilmente: tambien se habia cortado el telégrafo.

Insistia, sin embargo, la Reina, en la necesidad de marchar; pero el marqués de Roncali cortó la discusion con palabras semejantes á estas:—«Señora, siento afligir á V. M. en estos momentos; pero soy su ministro responsable, y el Presidente del Consejo me ordena en su última comunicacion supenda el viaje. No puedo desobedecer al jefe del Gabinete.»

—«No desobedezcas, pues, — contestó la Reina; — permanezcamos aquí. ¡Ojalá acertemos!»

Era ya tarde, preciso es reconocerlo. El incendio se habia pegado á la capital misma. Ardian los ánimos desde luengos dias preparados. Isabel en Madrid, una semana antes, pudiera reaccionar la opinion; el dia 30 de setiembre no alcanzara otra cosa que exasperarla.

Es fácil presumir la agitación que reinó desde que Su Majestad renunció á la idea de su regreso á la corte. San Sebastian fue la confluencia de dos corrientes encontradas, la de los emigrados revolucionarios, que regresaban anhelosos de prosperidad y pujanza, lleno el pensamiento de felices é ilusorios programas, y la de los adictos á la dinas-

tía que se derrumbaba, que á su vez programeaban para encontrar un medio heróico de arrebatár á la Revolucion el cetro que acababa de empuñar.

Sabíase ya el pronunciamiento de Madrid, la formacion de una Junta revolucionaria, la destitucion en alta voz de los Borbones; sabíase que los cuerpos del ejército todos iban adhiriéndose á la Revolucion triunfante, y aun habia quien esperaba contrarestar con un atrevido golpe de mano el peso de la rebelion. Los ingenieros que rodeaban á la Reina, y cuya fidelidad no desmintieron ni un instante, se empeñaban en acompañar á Logroño la real familia, dejando bajo la proteccion del duque de la Victoria al príncipe de Asturias; habia quien votaba por esperar el curso que tomarian los sucesos y por proteger la permanencia de la Reina en territorio español, como punto de partida de una próxima y decidida resistencia al nuevo órden de cosas.

Debemos ser justos y lo somos, consignando que la Reina rechazó siempre de una manera irrevocable todo proyecto que tendiera á ocasionar nuevas desgracias en el pueblo ó en el ejército.

El plan de llevar el Príncipe al duque de la Victoria, tampoco fue secundado, pues bastó una insinuacion para suscitar una dificultad de primer órden. El Príncipe se resistió á abandonar á su augusta madre, y hasta se dijo, que se valió contra semejante propósito de la única protesta que le era dado emplear entonces, la protesta del llanto.

No quedaba sino un recurso: la expatriacion. D.^a Isabel se resolvió á partir para Francia.

Quiso antes la Reina despedirse de sus cortesanos y de las autoridades de San Sebastian, y rodeada de aquellos restos de la muchedumbre de sus antiguos servidores, humedecidos los ojos, conmovido el acento, pero con firmeza bastante para conservar la expresion de su régia dignidad, les dijo en sustancia:—«No tengo que pintaros el cuadro de la situacion. Si lo mas triste que en él se presenta fuese mi desgracia, de muy poco tendria yo que lamentarme; go-

bernar en medio de tantos y tan encontrados elementos es una verdadera tortura. Duélenme dos cosas: el caos que amenaza á mi patria, y la ingratitud con que se pagan mis servicios, ó si se quiere, mi decidida voluntad de efectuarlos en bien de España. Me voy; dentro de dos horas no habrá *obstáculos tradicionales*, verémos lo que los revolucionarios completamente libres van á edificar. Al irme, deseo que conste que no me llevo resentimiento ninguno contra nadie. Se me ofende, sufro la ofensa con generosa resignacion. *Si mi ausencia ha de ser para bien de los españoles, la idea de ver feliz á España endulzará la amargura de mi destierro.*»

Los circunstantes no aplaudieron, porque no era aquella ocasion á propósito para aplaudir; pero las lágrimas asomaron en los ojos de las señoras que rodeaban á su destornada soberana, y el corazon de los nobles que estaban allí latió precipitadamente.

Jamás el rostro de Isabel expresó tanta majestad como en aquella hora, en que no tenia mas corona, que la de su cabellera; nunca fueron mas inspirados su acento y su mirada.

Las palabras finales de su sencilla alocucion eran dignas de ser pronunciadas por la que en un dia en que la honra de España se hallaba amenazada por la africana guerra, habia dicho: *Que se tasan y vendan todas mis joyas, si es necesario al logro de tan santa empresa; que se disponga sin reparo de mi patrimonio particular; para el bien y la gloria de mis hijos disminuiré mi fausto; una humilde cinta brillará en mi cuello mejor que hilos de brillantes, si estos pueden servir para defender y levantar la fama de nuestra España.*

Esto es, ante la amenaza de una guerra, la Reina ofrecia sus bienes y sus alhajas; para dar ventura á la patria, aseguraba estar pronto á sacrificar su propio bienestar, retirarse hasta de la patria misma.

Salió la Reina de San Sebastian para Francia acompañada de Moctezuma, Villamagna, la marquesa de Novaliches, que llevaba atravesada el alma con la noticia de la desgra-

cia ocurrida á su esposo, el conde de Ezpeleta, D. Carlos Marfori, D. Julio Soca, D. Atanasio Oñate, el excelentísimo Sr. Claret, los generales Balestá y Alós, y el coronel Campos; y al servicio de los infantes, las marquesas de Peñafiorida y de los Remedios.

Cundió por el pueblo la noticia de la partida próxima de la corte, y unos alegre el ánimo, llenos de pesadumbre otros, corrieron á presenciar aquel acto, que tan profunda huella habia de dejar en los anales de la patria.

Bajó la Reina la escalera de su alojamiento con firme paso, bien que en lo sombrío de su fisonomía se reflejaba la tempestad desecha de su corazón. Mas al través de aquellas nubes brillaba como un rayo poético de sol el sonris que le era característico en sus presentaciones al público. La generalidad de los espectadores se descubrieron con respeto; los oficiales que formaban por última vez en su honor, revelaban la ira que les devoraba, en las chispas que lanzaban sus ojos, en la febril manera con que contraían y mascaban sus labios.—«¿Es de esta manera como permitimos marchar á la Señora?» exclama un capitán.—«Al despertar España conocerá la magnitud de este oprobio,» contesta su vecino. La música tocó con viveza la marcha real, y como en los mejores tiempos de su reinado, vió D.^a Isabel presentadas las armas de aquellos valientes. Quizá jamás habian rendido con tanto entusiasmo aquella pleitesía á la majestad de la régia persona. Aquel puñado de valientes, pues se reducian á pocas compañías, la mayor parte de ingenieros, sintiéronse como impulsados á emprender ruidosa defensa.—«Que no se vaya, mi capitán,» gritó uno dirigiéndose á D. Genaro Alós.—«¡Sin defenderla!» exclamaban muchos.—«Chicos, dijo el Sr. Claret á algunos soldados, que con palabras incontinentes protestaban contra los que permitian la partida de la Reina; chicos, confiad en Dios; tambien fue expatriada la sacra familia; si Dios quiere, la Señora volverá; sed buenos y así abreviaréis los dias de la justicia,» los oyentes bajaron los ojos en señal de respeto: ¿quién pu-

diera presumir que el infatigable misionero de Cataluña, el celoso predicador de nuestras montañas, predicaría su último sermón, pues sermón compendiado fueron sus palabras, en ocasión tan crítica, tan imponente, tan solemne? La idea de la expatriación de la sacra familia, recordada á los impacientes soldados, suscitó otra idea ó consecuente aplicación, á otro de los acompañantes:—«¡Buen consuelo para España, dijo, quedarse bajo el bastón de Herodes.»

En el entretanto, la real familia y algunos de los fieles servidores habían subido á los coches de alquiler que estaban con anticipación prevenidos.

Un testigo presencial de aquellas escenas describió en los siguientes términos la actitud de S. M.

«La reina Isabel aparece en lo alto de la escalera y baja con dignidad los seis húmedos escalones, seguida de su esposo y de diversos gentiles hombres de la corte.

«La Reina tiene los ojos enrojecidos, pero la sonrisa en los labios: el color de su rostro es muy vivo, su traje revela cierta negligencia. Lleva una capa gris y sus manos están sin guantes; á la cabeza un sombrerito de paja con una pluma roja.

«Mientras las mulas avanzan lentamente, la Reina se halla en la pequeña acera que hay á un lado, hablando con dos lindas españolas que se le han acercado.

«Nos descubrimos respetuosamente y uno de los franceses exclama en voz alta:—«Homenaje á la Reina.»

«Isabel se vuelve y, creyendo que he sido yo el que la ha aclamado, me dice con voz tranquila y perceptible:—«Doy gracias á los franceses por su cortesía.»

«El tercer francés grita:—¡Viva Isabel!

«La Reina saluda con la mano y sube al landó.

«El esposo de la Reina está muy pálido, sin ningún uniforme, y apenas nos devuelve el saludo. La comitiva de la Reina, sube en coches de alquiler y mientras el intendente español se inclina, y la tropa presenta las armas, los coches toman la dirección del ferrocarril.»

Las tropas que estaban en la estacion para rendir á Su Majestad los honores de ordenanza reprodujeron, cási literalmente los incidentes de la salida de su hospedaje. Subido en el estribo del coche, que ya ocupaba en el tren la real familia, el conde de Fuente Blanca, gritó:—«Muchachos, ¡viva la Reina!» El viva fue contestado calurosamente. Aquella ovacion postrera arrancó del corazon lacerado de Su Majestad, un raudal de amargas lágrimas. La máquina lanzó al aire su desgarrador silbido, cuyo horrisono eco en los pechos leales, tuvo algo de lo que se nos figura ha de tener el eco de la trompeta del juicio.

Sí, de todas maneras, inicua ó injustamente, pues no ha llegado para nosotros la hora de dilucidarlo, hora que luego llegará, aquel silbido era la trompeta que anunciaba á España la ejecucion del juicio del pueblo revolucionario contra la Reina.

Nubes de ideas de angustia y de esperanza tumultuosamente revueltas en la imaginacion de la régia Señora, turbáronla y abatiéronla.—«¿Volveré á ver la patria que he regido? ¿Será el sepulcro el término de este viaje? ¿Regresará mi hijo al frente de este pueblo que tan entusiastas ovaciones me consagró? ¿qué será de esta patria, arrojada en manos de los hombres que son enemigos míos, porque yo soy amiga de España? ¿Dios castigará la ingratitud de mis servidores? ¿preferirá castigar mis faltas con perpétua expiacion?»

Estas y otras preguntas se dirigia á sí propia la augusta señora durante el amargo trayecto de San Sebastian á Irun. Paró allí el tren y descendieron los ingenieros que habian querido acompañarla hasta la frontera, mandados por el brigadier D. Ignacio del Castillo, conocido hoy por su defensa de Bilbao, en el último sitio sufrido por aquella ciudad. Pero llegaron en aquel instante el general francés Castelnau y su oficial de órdenes, para ofrecerse á la Reina de España en nombre del Emperador, anunciando á S. M. que podia atravesar la frontera escoltada por sus leales tropas hasta Hendaya. Aceptó reconocida semejante rasgo de ca-

ballerosidad internacional, y prévia la órden correspondiente, el piquete volvió á subir al tren.

Al pasar el Bidasoa D.^a Isabel no pudo impedir la explosion de su amargura; las lágrimas se convirtieron en llanto: —«¡Qué desgracia, dijo, para mí y para mi España!» Sí, tenia razon la augusta expatriada. Aquella expatriacion era la avanzada de muchas otras, y aquellas gotas de amargo llanto vertidas sobre el Bidasoa, eran nubes preñadas de estos torrentes de sangre que tíñen ya las aguas del Bidasoa, del Arga, del Ebro y del Segre.

En Hendaya, S. M. descendió del coche con las tropas, y llamando al brigadier Castillo le dijo con un tierno y expresivo Adios:—«No tan solamente me despido de tí, deseo que esta despedida afectuosa la consideres como dirigida á todo el ejército español.»

El Emperador habia dado las órdenes oportunas para que la corte de España fuese recibida con el debido homenaje, y sus órdenes fueron cumplidas exactamente.

En Hendaya estaba prevenida espléndida comida, que dejaron cási intacta los ilustres viajeros.

En la estacion de San Juan de Luz, una apiñada muchedumbre esperaba el paso del régio tren, para saludar á los augustos fugitivos. La desgracia brillaba ya en la frente de Isabel como una diadema mas preciosa que la corona de oro que acababa de caer de su cabeza; por esto, franceses y españoles la aplaudian con frenesí.

En Biarritz estaban el Emperador, la Emperatriz y el Príncipe imperial, para ofrecer personalmente á los Borbones españoles un asilo digno de la Francia. Afectuosas demostraciones recibió nuestra real familia en aquel lugar y en aquella hora. Dos imperios se abrazaban, dos régias familias se cambiaban las expresiones de viva simpatía; la una venia arrojada por la Revolucion triunfante, la otra veia ya en lontananza el ángel de la rebeldía con la copa del infortunio en la mano, y oia una voz, como de tiempos, que fatídicamente decia:—«La beberéis.»

Decidióse en Biarritz que SS. MM. se dirigieran á Bayona, y así se efectuó. Allí estaban anticipadamente las autoridades francesas y muchas notabilidades políticas de la situación caida en España. En un reservado aposento de la estación celebróse una especie de consejo, al cual concurrieron algunos individuos del último, ó mejor, penúltimo Ministerio constitucional; allí estaban Belda, Coronado y Catalina. La Revolución era un hecho, y un hecho irremediable; era preciso resignarse á sufrir las consecuencias de su desarrollo. No obstante, era indispensable una protesta.

Severo Catalina quedó encargado de redactarla.

Prosiguióse luego el viaje, que terminó en Pau, cuyo célebre é histórico palacio debia ser la morada provisional de los augustos viajeros. Allí el régio ánimo pudo meditar con algun reposo toda la extension de la catástrofe de que acababa de ser víctima su trono.

A la mañana siguiente, Catalina presentó á S. M. la minuta del manifiesto, que por su orden habia escrito; discutióse mesurada y minuciosamente aquel delicado documento, que tal como salió del tamiz de aquella respetuosa discusion lo insertamos:

«Á LOS ESPAÑOLES.—Una conjuracion, de que apenas hay ejemplo en pueblo alguno de Europa acaba de sumir á España en los horrores de la anarquía. Fuerzas de mar y tierra que la nacion generosamente fomentaba, y cuyos servicios he recompensado con placer, olvidando tradiciones gloriosas y rompiendo sagrados juramentos, se revuelven contra la patria, y traen sobre de ella dias de luto y desolacion. El grito de los rebeldes, lanzado en la bahía de Cádiz, y repetido en varias provincias por una parte del ejército, resuena en el corazon de la mayoría inmensa de los españoles como el ruido precursor de una tempestad en que peligran los intereses de la Religion, los fueros de la legitimidad y del derecho, la independendencia y el honor de España.

«La triste série de defecciones, los actos de inverosímil deslealtad que en breve espacio de tiempo se han consuma-

do, mas todavía afligen mi altivez española que ofenden mi dignidad de reina; que no cabe ni aun en el delirio de los mayores enemigos de la autoridad, la idea de que el poder público, que tan alto tiene su origen, se confiera y modifique, y suprima por ministerio de la fuerza material: por el influjo ciego de los batallones seducidos.

«Si las ciudades y los pueblos, cediendo á la primera violenta impresion, se someten por el instante al yugo de los insurrectos, bien pronto el sentimiento público, herido en lo que tiene de mas noble y característico, se despertará, mostrando al mundo que son, por merced del cielo, muy pasajeros en España los eclipses de la razon y de la honra.

«En tanto que llega ese momento, como reina legítima de España, prévio exámen y maduro consejo, he estimado conveniente buscar en los dominios de un augusto aliado la seguridad necesaria para proceder en tan difícil ocasion, como cumple á mi calidad real, y al deber en que estoy de transmitir ilesos á mis hijos mis derechos, amparados por la ley, reconocidos y jurados por la nacion, robustecidos al calor de treinta y cinco años de sacrificios, de vicisitudes y de cañño.

«Al poner mis piés en tierra extranjera, vueltos siempre el corazon y los ojos á la que es mi patria, y la patria de mis hijos, me apresuro á formular la protesta explícita y solemne, ante Dios y los hombres, de que la fuerza mayor á que obedezco saliendo de mi reino, en nada perjudica, atenúa ni compromete la integridad de mis derechos, ni podrán afectarla en modo alguno los actos del Gobierno revolucionario; y menos aun los acuerdos de las asambleas, que habrán de formarse necesariamente al impulso de los furores demagógicos, con manifiesta coaccion de las conciencias y de las voluntades.

«Por la fe religiosa y por la independendencia de España, sostuvieron nuestros mayores larga y venturosa lucha. Por enlazar con lo grande y generoso de los siglos pasados lo verdaderamente bueno y fecundo de los tiempos modernos,

ha trabajado sin tregua la generacion presente. La Revolucion , enemiga de las tradiciones y del progreso legítimo, combate todos los principios que constituyen la fuerza viva, el espíritu, el vigor de la nacionalidad española, la libertad en toda su extension y en todas sus manifestaciones, atacando la unidad católica y la monarquía, y el ejercicio legal de los poderes, perturba la familia, destruye la santidad de los hogares y mata la virtud y el patriotismo.

«Si creéis que la corona de España, llevada por una reina que ha tenido la fortuna de unir su nombre á la regeneracion política y social del Estado, es el símbolo de aquellos principios tutelares, permaneced fieles, como lo espero, á vuestros juramentos y creencias; dejad pasar, como una calamidad, el vértigo revolucionario en que hoy se agitan la ingratitude, la falsía y la ambicion, y vivid seguros de que procuraré mantener incólume, aun en la desgracia, ese símbolo, fuera del cual no hay para España ni un recuerdo que la halague, ni una esperanza que la alivie.

«La soberbia insensata de unos pocos conmueve y trastorna por un momento la nacion entera, produce la confusion en los ánimos y la anarquía en la sociedad.

«Ni aun para esos pocos hay odio en mi corazon. Con el contacto de tan mezquino sentimiento, el de ternura vivísima que me inspiran los leales que han expuesto su vida y derramado su sangre en defensa del trono y del órden público, y los españoles todos que asisten con dolor y con espanto al espectáculo de una insurreccion triunfante, paréntesis afictivo en el curso de nuestra civilizacion, perderia, sin duda, gran parte de su intensidad.

«En la noble tierra desde la que hoy os dirijo mi voz, y en todas partes, sobrellevaré sin abatimiento el infortunio de mi amada España, que es mi propio infortunio.

«Si no me alentase, entre otros ilustres ejemplos, el del Soberano mas respetable y magnánimo, rodeado tambien de tribulaciones y amarguras, diéranme fuerzas la confianza que pongo en la lealtad de mis súbditos, en la justicia de mi

causa, y sobre todo en el poder de Aquel, en cuya mano está la suerte de los imperios.

«La monarquía de quince siglos de luchas, de victorias, de patriotismo y de grandeza, no ha de perderse en quince dias de perjurios, de sobornos y de traiciones.

«Tengamos fe en lo porvenir: la gloria del pueblo español siempre fue la de sus reyes; las desdichas de los reyes siempre se reflejan en el pueblo.

«En la recta y patriótica mision de mantener el derecho, la legitimidad y el honor, vuestro espíritu y vuestros esfuerzos se encontrarán siempre con la decision enérgica y el amor maternal de vuestra reina. — *Isabel*. — Palacio de Pau 30 de setiembre de 1868.»

Este documento, que algunos recibieron con desden, fue el tema de las discusiones y polémicas de los que no negaban su valor y significado. Unos encontraban en él demasiada altivez en boca de una víctima; otros desaprobaban la índole de las consideraciones que en él se vertian; otros le calificaban de infructuoso esfuerzo. De todos modos, nadie con razon puede negar la dignidad de su tono, la severidad de sus juicios, la elegancia de su forma. Habló mas en él el corazon, que la inteligencia, lo que es muy natural que asi fuera, pues el drama de 1868 era, como despues se ha visto, una lucha de pasiones y de sentimientos. La Reina preveia en aquella protesta la esterilidad de la Revolucion española. Proféticas parecen hoy estas palabras, escritas al eco de los vítores entusiastas de la España ilusionada: «En breve el sentimiento público, ofendido en lo que tiene de mas noble y de mas característico, se hará sentir y revelará al mundo que, gracias al cielo, los eclipses de la razon y del honor son muy pasajeros en España»... «El grito de los rebeldes... resuena en el corazon de la mayoría de los españoles, como el ruido precursor de una tormenta, en que corren igual peligro los intereses de la Religion, los fueros de la legitimidad y del derecho, la independencia y el honor de España.»

Preciso es confesar, despues de la atenta lectura de aque-

lla protesta, escrita á raíz del agravio mas profundo, al son de las diatribas mas audaces, en la hora que puede calificarse del imperio no legítimo, pero si natural del resentimiento, á la vista de las defecciones mas extraordinarias é incomparables, que la víctima conservaba el precioso don de la calma de espíritu. Verdad es que confesó, ante su pueblo, sentirse alentada por la resignacion del «Soberano mas respetable y mas magnánimo, rodeado de amarguras y tribulaciones;» confesion digna de una reina católica que no vacila en proferirla mientras en su abandonado reino, el oleaje de la incredulidad va subiendo, subiendo hasta llegar á la altura del cinismo.

No estuvo tan sereno Castelar al redactar su protesta contra la audacia del general Pavia, y si con otros documentos de esta especie comparáramos el firmado en Pau, de este seria la gloria de figurar como ejemplar de mansedumbre, de firmeza y de prevision.

Tomando pretesto de la publicacion de la protesta que nos ocupa, el señor conde de San Luis publicó por aquellos dias una carta de muy discutible oportunidad, pues no era aquella la hora mas feliz para echar en el campo de la lealtad la semilla de futuras discordias.

La renuncia de la presidencia del último Senado por el marqués de Miraflores, en momentos supremos para los intereses de la monarquía, y la publicacion de la carta del conde de San Luis, presidente del Congreso, en los momentos que aun la corte no habia vuelto de su terrible sorpresa, son datos preciosos para evaluar las dificultades que salian al paso, en aquel período, á la recta gobernacion del Estado.

La carta de que hablamos, y que no carece de interés histórico, fue dirigida al señor director de la *Correspondencia española*, y dice así:

San Sebastian 3 de octubre 1868.

«Muy señor mio: Acaban de decirme que algunos periódicos franceses anuncian que se va á dar un manifiesto en

Pau, del cual me suponen colaborador. La noticia, en cuanto á mi participacion en ese documento que no conozco, ni sé su existencia, ni si ha de tenerla, es completamente falsa.

«Parece tambien que otros periódicos dicen que acompañé á la corte española hasta Hendaya, y que allí aconsejé con el Sr. Mon la redaccion de una protesta. Ni he acompañado á la corte, ni he estado en Hendaya, ni he visto al señor Mon, ni he aconsejado nada en tan supremos momentos. Si hubiese estado al lado de la corte cuando salió de San Sebastian, la habria acompañado hasta Hendaya; ningun español en mi posicion habria obrado de otro modo. Llegué aquí desde Zarauz despues de la partida, y de aquí no me he movido.

«No sé si habrá dado lugar á que de mí se hable un solo acto mio, hace ya muchos dias ocurrido, y bien público en esta ciudad, donde encuentran todas las opiniones libertad completa y la mas ilustrada tolerancia. Nada digo de ese acto, porque no son la oporturidad de procurar el propio enaltecimiento los instantes terribles de grandes catástrofes. Como hombre de honor hablo solo para declinar una responsabilidad ó una gloria que ni directa ni indirectamente me corresponde, y no sé con que objeto se trata de atribuirme.

«Con esto deberia terminar mi declaracion, que no puede ser mas explicita, pero ya que á mi pesar se toma mi nombre con equivocacion, en medio de la inaccion política en que he vivido y vivo, añadiré algo que acaso evite nuevas equivocaciones.

«Desde que se suspendieron las sesiones de las Cortes, he atendido únicamente al cuidado de mi salud, quebrantada para siempre por los grandes disgustos de mi vida pública. Sin embargo, la prensa extranjera me suponía en Lequeitio, donde nunca he estado, cuando me hallaba tomando las aguas de Bagneres de Luchon.

«Mi actitud política, así antes como despues de los últimos sucesos, es la que revelan las palabras que desde la presidencia del Congreso pronuncié con ocasion de la muer-

te del duque de Valencia. Esas palabras se me recuerdan estos días con repetida frecuencia por amigos y adversarios. Si todos las tienen tan á la memoria, yo ni las he olvidado, ni es posible que falte á ellas apartándome por vez primera de mi nunca quebrantada consecuencia. Con la política que aquellas palabras bosquejan, si las fuerzas físicas no me abandonan, lo cual es muy posible, me presentaría á pedir para las próximas Cortes constituyentes los votos del país, al cual le pertenezco como todos los hombres públicos. En ese terreno, franca y noblemente, me siento ahora inclinado á presentarme. En el terreno de la desesperación, mientras la patria exista, en el del odio que no abrigo, en el del despecho que no tengo por qué abrigar, nunca me encontrarán mis conciudadanos.

«Dando á V. gracias anticipadas por la publicación de este escrito, quedo su atento y seguro servidor Q. B. S. M.—*El conde de San Luis.*»

Valia la pena el acallar su anhelo febril de exhibirse, esperando la lectura del documento, cuya posible publicación al parecer tanto alarmaba al presidente del Consejo de 1854, que si antes de hablar temeroso lo hubiera leído concienzudamente, cierto no se habria creído en el caso de rechazar con apresuramiento su participación.

Hechos como este aumentaban la amargura de la Reina, que sacrificada por los mezquinos móviles de sus enaltecidos servidores, veía persistir, aun despues de la inmolación de su corona, las rivalidades de partido, y dificultar el término de su desgracia.

En cambio, la lealtad ostentaba sus generosos sentimientos en el sombrío alcázar de Pau.

Viendo la Reina, que muchos de los que en la expatriación le acompañaban, no tenían misión que cumplir, ni destino que ocupar; menguadas por otra parte sus rentas, hubo de dar un paso penoso, pues no sin amargura un soberano se ve obligado á declararse en la necesidad de despedir á sus antiguos cortesanos.

Tan dolorosa le pareció la tarea, que confió su desempeño al Rey, su consorte, quien convocada la real servidumbre, dijo en sustancia: — «La Reina me encarga de comunicaros una resolución para ella tan amarga y triste, que no se ve en el ánimo de cumplirla personalmente. Los días del infortunio se prolongan, y con ello la dificultad de atender á lo que reclaman de ella la asiduidad y afan que demostrais en complacerla; bien se halla rodeada de vosotros, y mucha tristeza le causa pensar que ha de perderos; pero vuestras familias reclaman vuestra presencia. Regresad á España, que no siempre ha de ser infeliz nuestra patria. Esperadnos allí.» Uno de los presentes se hizo voz é intérprete de sus compañeros, y contestó á las palabras del Rey: — «Señor, la Reina acaba de darnos, con vuestra misiva, una nueva prueba de su solicitud por nuestro bien. Reconocidos se la agradecemos. Pero, Señor, es imposible complacer á la Señora en sus pretensiones de hoy. La mayor parte de nosotros goza una posición independiente, lo que quiere decir que la confianza régia nos es asignación bastante. Retirarnos en los días de infortunio sería poco honroso. Suplicamos que la Reina nos permita apelar de su resolución á la magnanimidad de su alma.»

Retiróse el Rey para comunicar á la Reina los nobles propósitos de su servidumbre, y la antigua Soberana no tuvo medio de evitar que le fuesen presentados tan fieles cortesanos: — «Basta de sacrificios, les dijo. No aumenteis mis penas con el espectáculo de las vuestras; vuestra permanencia aquí puede comprometer quizá vuestras familias y vuestras fortunas. Evitadme este dolor.»

— «No es posible condescender á estos ruegos maternales, replicó el representante de los convocados; la historia sería severa con nosotros. Diríase que hemos huido de la majestad caída, y á esponernos á esta acusación innoble no nos resignamos.»

— «Yo eludiré la dificultad, replicó la Reina: pues que

aun soy vuestra Reina, puedo mandaros : Yo os mando que regreseis á vuestros hogares.»

— «Señora, impetramos la última gracia de V. M.»

— «¡La última! ¡y por qué la última!»

— «Hoy, como á servidumbre, será la última.»

— «¿Qué pretendéis?»

— «Señora, que esta orden generosa que acabamos de oír de labios de V. M. se digne disponer se nos dé por escrito. Será un documento justificativo de nuestro pundonor ante la historia.»

— «Accedo.»

Los servidores se retiraron profundamente conmovidos.

Á la mañana siguiente el señor duque de Moctezuma recibió el siguiente despacho :

«Moctezuma :— En atención á los deplorables sucesos ocurridos últimamente en mi querida España, y á la necesidad que tenemos durante nuestra estancia en el extranjero de guardar el mas riguroso incógnito; y no siendo, por consiguiente, necesarios los cargos de mayordomo mayor y caballero mayor, y mayordomo y caballero mayor de mi hijo el príncipe de Asturias y de sus hermanas, te ruego, que tanto tú como el marqués de Villamagna y el conde de Ezpeleta os volvais al lado de vuestras familias, teniendo la seguridad de que os llevais mi cariño y mi gratitud por la lealtad con que nos habeis servido hasta el extranjero. — Darás tú, y lo mismo el marqués de Villamagna y el conde de Ezpeleta las gracias á todos los empleados que están á vuestras órdenes en nuestro nombre, por su buen comportamiento y lealtad en nuestro servicio, y les haréis presente, que cesan en todos sus cargos durante nuestra estancia en el extranjero, y que pueden tener la seguridad que les tendremos presentes si pasan estas tristes circunstancias. — *Isabel.*»

La casa de D.^a Isabel quedó reducida á muy contado personal, cuya jefatura se confió á D. Carlos Marfori, que sea

dicho en honor de la verdad histórica, era y ha sido el tema de las murmuraciones, de las sátiras y de las críticas del pueblo y de clases que no vienen incluidas en el calificativo de pueblo; sátiras de las que no queremos ser eco, pues nos proponemos no penetrar jamás en el respetable santuario del hogar.

Mientras estas y otras parecidas escenas tenían lugar en Pau, otras de muy diferente índole se sucedían en Madrid y en toda la Península.

La Revolución tomaba alarmante desarrollo y reasumía todos sus lemas en este grito: *Abajo los Borbones.*

CAPITULO VI.

Exámen del grito: «Abajo los Borbones.»

No es hora de extendernos en las consideraciones que mas tarde ha de sujerirnos el estudio de la idea generadora de la Revolución. Por ahora solo nos proponemos echar una rápida mirada sobre la dinastía, que desde los primeros dias de la Revolución, fue blanco de los tiros simultáneos de los partidos victoriosos.

Si en su origen la Revolución de Cádiz hubiera escrito en su bandera: *Abajo la monarquía*, nada tendríamos que esponder en este punto de nuestra narración. Pero no clamándose contra la *monarquía principio*, sino contra la *dinastía personal*, es preciso que nos fijemos en lo que significa y representa este clamor.

Como van observando nuestros leyentes, no escribimos una historia descarnada, aspiramos á filosofar algo sobre la historia que trazamos.

Abajo los Borbones, quiere decir que puede darse una di-

nastía mas á propósito que la borbónica para gobernar nuestro reino. La Revolucion estableció, pues, un punto de comparacion entre la dinastía borbónica y las otras dinastías representadas por X.

Si por otra parte la Revolucion se hubiera limitado á gritar: Abajo D.^a Isabel, nuestra tarea, reducida á examinar la conducta política de D.^a Isabel, hubiera sido mas fácil y mas sencilla.

Pero la forma con que la Revolucion planteó esta parte de su programa, nos obliga á dilatar el círculo de nuestras consideraciones.

Entiéndase, que cuanto vamos á escribir no lo dictará ni el apasionado entusiasmo, ni la sistemática adhesion. Somos del todo independientes para juzgar. La historia tiene su moral, y la moral de la historia reclama imperiosamente justicia en los juicios.

Cabe aquí trazar un rápido bosquejo sobre el origen y la fundacion de la dinastía borbónica en España.

Quizá el detenido estudio y consideracion de las formalidades y planes que precedieron á la introduccion de los Borbones en nuestra patria, hará resaltar la ligereza y precipitacion de los revolucionarios cuando se trató de fundar una nueva dinastía. Un amigo nuestro, reputado entre nosotros como una eminencia religiosa y literaria, nos dijo, el día en que llegó á Barcelona la noticia de la votacion del rey Amadeo:—«Nuestros diputados se han figurado que es tan fácil nombrar un rey como un alcalde de aldea; creo que España piensa como yo en este particular, y que los que friamente observamos el desarrollo de este juego, *juego* dijo, de este juego político, observando la manera con que se ha procedido, dicen en su interior: *ya tenemos alcalde.*»

Y en efecto, la Revolucion nombró el jefe de la nueva dinastía con tal ignorancia de las consecuencias de su trascendental acuerdo, que asombró á todas las naciones; pues, todas ellas cuando han debido ejercer un acto semejante, han procedido con especial mesuramiento. El nombramiento

de una presidencia vitalicia sería objeto de infinitamente mas pesadas consideraciones por parte de cualquiera sociedad industrial, mercantil ó bursátil. No entrega así la Iglesia la menor de sus diócesis, ó de sus parroquias al sugeto que ha de regirlas.

Al acaecer el fallecimiento del desgraciado Carlos II, España y la Europa reconocieron la gravedad del conflicto que debía resolverse. El establecimiento de la nueva dinastía puso en detenida observacion á todos los gabinetes del continente. Es que entonces semejantes asuntos se tomaban en sério. Un rey valia un rey, una dinastía era una dinastía.

No queremos suponer que la ligereza con que se procedió fuese calculada; sabemos que la fe monárquica era muy efímera en la mayoría de los votantes á favor del vástago saboyano; pero se nos resiste convenir en que se quisiera desacreditar la monarquía, trayéndonos una dinastía de broma. En política, como en todo, estamos por lo sério. Fundaran los revolucionarios una república seria, y la nacion hubiera recibido, sino con entusiasmo, á lo menos con respeto.

Probablemente lo que originó la precipitada ligereza de los votantes de la nueva dinastía fue la ignorancia de lo que esta palabra significa.

La dinastía que se quiso derribar con unos cuantos gritos lanzados desde las tribunas ó ventanas de los edificios nacionales, habia sido introducida con mayores solemnidades.

Cuando fue establecida la dinastía borbónica, España estaba vacilando al borde del abismo de su destruccion.

La Europa miraba con desden un trono, por tanto tiempo rodeado de gloria, y el cetro de Carlos II era el juguete de todas las potencias. La Francia humillaba al pabellon español ante el suyo, Portugal se manifestaba altivo y exigente, un elector de Brandeburgo se apoderaba con cínico descaro de los galeotes de América, alegando frívolos pretextos. La flor de nuestros ejércitos era deshojada en Fleura,

Steinkerque y Nerwinden. Méjico revelaba síntomas de infidelidad, mientras en el interior de la patria, Cataluña y Andalucía eran teatro de escenas sangrientas.

La debilidad del Rey facilitaba la desorganizacion de la máquina nacional. El reino se empobrecía, á causa de la parálisis de la industria, casi nula, y por lo tanto, del creciente decaimiento del comercio.

Atravesaba esta crisis violenta, amenazadora, la pobre España, sin alentarla la esperanza en el mejoramiento del porvenir; pues decrépito en su juventud el Rey, ni tenia sucesion, ni era fácil la tuviera. Su sombría incertidumbre cerraba el triste horizonte, que ante sí se extendia.

Con el Rey acababa la dinastía austriaca; era irremediable, pues, el suscitarse sobre el sepulcro ya abierto del último descendiente de Cárlos V una cuestion tremenda, la cuestion dinástica.

Tres príncipes con títulos, al parecer fundados, se presentaban solicitando la sucesion: Luis XIV, Leopoldo y el Elector de Baviera. Todos invocaban á su favor la ley de la naturaleza y del Estado, disponiendo en un tratado secreto de las posesiones de la monarquía española. Al conocerlo Cárlos, se exaltó por primera vez en su vida, y estremecido del plan de su despojo, se decide á nombrar por sí mismo á su sucesor.

Pero, ¿á quién elegir? No era su carácter á propósito para dominar las graves cuestiones; estas cuestiones, que exigen, ante todo, en el que ha de desenvolverlas energía é impavidez de ánimo, mirada serena y actitud decidida. Las maniobras diplomáticas empezaron entonces su temible y complicado juego.

Leopoldo tenia á su favor el crédito de la Reina, muy dada á los intereses del príncipe Cárlos, destinado al trono, por ser ella alemana y criada con prevenciones antipáticas á los franceses. La mayor parte de los grandes de España se inclinaban tambien al partido austriaco.

Luis XIV, por su parte, acababa de mandar á Madrid al

marqués de Harcourt, el hombre mas astuto y sagaz de su corte, para que inclinase la eleccion del monarca español á favor del duque de Anjou, y esta negociacion la apoyaba el cardenal de Portocarrero, prelado diestro, sùtil y profundo político, aunque quizá demasiado impetuoso en algunas de sus empresas.

El príncipe de Baviera, que habia sido otro de los pretendientes, murió antes que Cárlos II.

En aquellos tiempos, la gran dificultad consistia en dilucidar la posesion del derecho, y de ahí, que Viena y París, fijaran, ante todo, las miradas en Roma; pues, estando allí la augusta Majestad pontificia, centro de la moral, su palabra equivalia á una definitiva victoria.

Durante un año, las facultades de derecho y de teología deliberaron sobre la pertenencia de la corona, que ya vacilaba en las sienas del jóven caduco. Y si bien la decision fue unánime, elevóse su sancion al Papa, quien, despues de un detenido exámen, así de los hechos, renunciias y derechos como uno de los principios fundamentales de la constitucion castellana, llevado á cabo con el auxilio de una congregacion de cardenales, creada *ad hoc*, se pronunció en favor del duque de Anjou. La decision de Inocencio XII resolvió la cuestion, pues Cárlos II redactó su testamento en conformidad á los juicios del Vaticano. El duque de Anjou, y en su defecto su hermano el duque de Berry, fue el llamado.

Veamos el plan político que Luis XIV tenia concebido sobre la base del llamamiento de su hijo al trono de España.

Constituir en el mediodia de Europa una vasta y libre confederacion, una especie de liga latina, un imperio cristianísimo, que ejerciera en los Estados civilizados, por el ascendiente del genio y de la grandeza, aquella preponderancia que Carlomagno debió á su espada; que contrabalanceara las pretensiones de la raza germánica, conteniendo el desarrollo de las ligas protestantes y encerrara el islamismo en Asia, difundiera allende los mares la luz del

Evangelio y abriera vastos campos al comercio europeo; tal era el programa de Luis XIV.

No tardó en abrirse para el nieto de Luis el *Grande*, la puerta del palacio español. Al morir Cárlos II la corte proclamó á Felipe V, hasta entonces duque de Anjou, quien escuchó de su augusto abuelo estos consejos, resumen de su despedida: — «Señor, el Rey de España os ha hecho rey, los grandes de aquel país os llaman, los pueblos os desean, yo doy mi consentimiento. Solo añadido que no olvidéis que sois príncipe de Francia. Vais á reinar sobre la que fue la mayor monarquía conocida en el universo y sobre una nación que ha sido siempre ejemplar, así de bravura como de honor y fidelidad; os recomiendo el amor al pueblo, y que estudiéis la manera de atraérselo por la dulzura de vuestro gobierno» — y abrazándole, concluyó: — «Á Dios, ya no hay Pirineos.»

¿De dónde procedía el fundador de la dinastía borbónica? De Luis XIV, el monarca mas poderoso de Europa, y por consiguiente del mundo, cuya figura tenia por peana y por auréola la gloria militar de Condé, Luxembourg, Turenne, Baulers, Catinat, Berwick, Vauban y Villars; la gloria marítima de Bart, Duquesne, Foxbin, el conde de Tourville, Duguay-Troin; la gloria filosófica de Descartes; la gloria literaria de Corneille, Racine, Despreaux, La Fontaine y Molière; la gloria oratoria de Fléchier, Bourdaloue, Massillon, Fénelon y Bossuet; la gloria artística de Perault, Mansard, Bernin, Le Sueur, Puget y Girardon. Jamás rey alguno vió congregada, á la sombra de su manto régio, pléyade tan numerosa de eminencias como Luis XIV; por esto era calificado ya en vida de Rey grande, y cuando no hubiesen justificado este glorioso distintivo sus cualidades personales, el resplandor de las grandezas, por su genio protegidas, hubiera confirmado esta aclamacion del mundo.

En vano sus detractores, aprovechándose de una derrota de su ejército, escribieron en una columna erigida en el centro del campo de batalla: AGNOSCAT LUDOVICUS XIV, NE-

MINEM ANTE OBITUM DEBERE AUT FELICEM, AUT MAGNUM VOCARI; porque Luis XIV supo demostrar que hasta en la desgracia, y especialmente en la desgracia, sabia ser *grande*.

Por uno de estos contrastes admirables, que la Providencia dispone, reinaban á la vez dos monarcas tan grande el uno como pequeño el otro; pues á Carlos II le faltaban todas las cualidades que en abundancia poseia Luis XIV. España solo vivia de los recuerdos de sus grandezas.

Felipe V vino con el propósito de restaurar la España de Carlos I.

Un partido poderoso proclamó en España al hijo de Leopoldo. Este Príncipe recorrió los gabinetes europeos excitando la ambicion de los soberanos con el cuadro de las desmedidas prosperidades de la Francia, sembrando y agrandando las pasiones políticas que debian fomentar la rivalidad y el encono de las naciones.

Á decir verdad, la casa de Borbon rayaba á una altura sorprendente, pues de Gibraltar á Amberes, del Danubio á Nápoles, todo estaba sometido á su poder. El Papa, Portugal, Mantua, la Suecia, Saboya, algunos principados alemanes, todo participaba de la influencia de la casa de Francia.

La perspectiva de tanta prosperidad creó la coalicion. Viena, constituida centro de la gran lucha, congrega los políticos y los guerreros del mundo, y el Rhin y el Tajo ven pobladas sus orillas de millares de combatientes.

Dos veces Felipe V tuvo que huir de Madrid, dos veces el archiduque Carlos se sienta en su trono, y cuando dispersadas sus huestes por la derrota de Almenara, no habiendo probabilidad alguna de que se reprodujera la victoria de Almansa, se le aconseja que se refugie en sus posesiones de América, ó que se retire á Francia:—«No, exclama, no; la sangre que circula por mis venas no está acostumbrada al oprobio: Dios me ha dado la corona de España, y yo la defenderé. Los españoles son valientes; me pondré á su frente, y si fuera necesario pereceré con gloria antes que empañar el honor de mi casa.»

Retirado á Valladolid, atrae con el poder de su valor, de su energía, de su dignidad y de su prudencia los representantes de todas las fuerzas vivas de la nacion; renacen los ejércitos de Extremadura y de Aragon, y preparan la batalla de Villaviciosa, que fue la derrota final de las armas confederadas.

Cayó definitivamente el cetro español de la mano de los príncipes de Austria.

Felipe V salvó, sin duda á la España de un desmembramiento que le hubiese sido fatal. El triunfo de la coaliccion habria sido la pérdida de nuestras Antillas, la absorcion de algunas provincias de la Península y la perpetuidad de la guerra con Francia, que no hubiera jamás consentido en tener á retaguardia una nacion enemiga.

Por desgracia, la habilidad, el talento político no estaban en Felipe V á la altura de algunas de sus dotes de organizacion y de guerra.

No comprendiendo el carácter de sus pueblos, faltóle el tacto y la prudencia que atraen las voluntades y vencen los obstáculos. Su manera de portarse en Cataluña excitó los recelos de esta importante region del reino, entusiasta por sus fueros.

Nieto del Soberano que habia dicho en solemne ocasion : *El Estado soy yo*, espantábase el ejercicio de todo derecho, por mas que fuese tradicional, que no dependiera de su autoridad.

Cataluña creyó que el archiduque Carlos favorecería mas las gloriosas prerogativas obtenidas de otros reyes y en otros siglos; y con la impetuosidad propia de un pueblo, glorificado por el éxito de heroicas empresas, levantó el estandarte de sus fueros contra la nueva monarquía.

Felipe V, que habia aceptado la herencia de Carlos II, debia respetar escrupulosamente, al paso que sus ventajas, aquellas condiciones que no eran tan favorables á sus tendencias á la absorcion del poder. Una política respetuosa y conciliadora, á la vez que firme y digna, hubiera manteni-

do en la fidelidad y en la sumision á este país, que entonces constituia el verdadero centro de la vida nacional.

Pero empeñándose Felipe V en repetir de una manera práctica *el Estado soy yo*, Cataluña, herida en sus recuerdos y en sus glorias, opuso á esta frase de poder este otro lema: *los fueros son Cataluña*.

Dos años continuos Cataluña tuvo absorta la atencion de Europa, sosteniendo, con un puñado de valientes, la lucha mas desigual y mas heróica que registra la historia, en defensa de sus libertades.

Dios vendó los ojos de Felipe V y de Cataluña; de aquel, porque no comprendió que el uso de las prerogativas políticas otorgadas á Cataluña nada tenia de ofensivo á la suprema dignidad régia, pues Cataluña habia demostrado que sabia ser dignamente un pueblo libre, y si á alguien no gusta de este calificativo, dirémos un pueblo fuerista; y por otra parte Cataluña se preocupó con la idea de que el archiduque Cárlos defenderia sus privilegios, cuando es muy dudoso hubiera defendido sus prerogativas, quien correspondió con desden á los sacrificios enormes hechos por el pueblo catalan para entronizarlo.

De todas maneras las invasiones de la coalicion extranjera y los desastres de la guerra civil, absorbieron un tiempo precioso para la nacion. La muerte de Luis XIV, y las debilidades de la regencia del Delfin, debilitaron el espíritu de Felipe V é imposibilitaron el efecto del hermoso programa que debia realizar la dinastía de los Borbones.

Á pesar de todo, es consolador convenir en que al morir Felipe V España estaba completamente renovada.

No era gloriosa y dominante como en los tiempos de su apogeo; pero tenia levantado el espíritu nacional, organizado el ejército, echados los cimientos de la administracion pública, en camino de arreglo las relaciones entre la Iglesia y el Estado, preparados los elementos de las mejoras materiales y abierto el horizonte de su regeneracion.

Venturoso ó desgraciado, es indudable que Felipe V tomó

á pecho la causa y las glorias de la nacion que vino á regir, y que encontró en el estado mas deplorable que puede concebirse. Desde su entrada en España, supo españolizarse completamente, hasta combatir con denuedo y sacrificarse sin contemplacion para su nueva patria. Encontró un monton de ruinas, dejó los planos y los cimientos de un grande edificio.

La Revolucion de Setiembre, si tenia intencion de oponer una dinastía á la dinastía que trataba de derrocar, debia tener preparado para la dinastía nueva un primer rey que aventajara al primer rey de la dinastía borbónica.

Antes de clamar *Abajo los Borbones* debia tener tomadas las medidas prudentes para que la dinastía llamada á ocupar el puesto de la caida viviera algo mas que un bienio.

Fernando VI fue el segundo Borbon que reinó en España. Hombre de carácter sombrío y melancólico, parecia que la corona apesadumbrara sus sienes. No media bastante talla para abarcar el inmenso círculo de accion que reclamaba la realizacion del programa de Luis XIV, por lo que, se encerró en la órbita estrecha, pero digna, de fomentar el poderío nacional bajo la bandera de la paz.

Los Octavios acostumbran á ser mas beneficiosos que los Césares para la prosperidad de un país. Elevóse entonces la marina á un alto grado de poder, llegando á contar en estado de servicio cuarenta y nueve navíos de línea y veinte y una fragatas, tuvieron proteccion las letras y las ciencias naturales, enviándose al extranjero personas competentes para estudiarlas. Se construyó el arsenal de Cartagena, se fundó el Observatorio astronómico de Cádiz y se creó la Academia de Bellas Artes de San Fernando. En su época, se vino á un arreglo respecto á las dificultades que desde mucho tiempo venian suscitando á la Santa Silla los monarcas españoles, celebrándose el Concordato de 1753, segun el que se dejaban á eleccion del Rey una gran parte de los beneficios eclesiásticos, y que fue la base en que se sostuvieron las relaciones de la Iglesia y del Estado, hasta

que el cambio de los tiempos motivó el Concordato de 1850.

El marqués de la Ensenada privó en la corte de Fernando VI, y las rivalidades de este favorito con D. José de Carvajal causaron los sinsabores consecuentes á semejantes imposiciones, pues ambos rivales representaban la internacional rivalidad de la influencia política, que respectivamente pretendían en nuestros asuntos Francia é Inglaterra.

España vivió tranquila bajo su cetro, contenta con el legítimo progreso de sus artes y de sus letras, y á buen seguro, que á ningún pueblo, de los muchos que por súbditos contaba, se le ocurriera gritar: *Abajo los Borbones*.

Para apreciar el carácter del reinado de Carlos III, es menester antes una observacion.

Los idealistas políticos, los teóricos, andan en busca de una forma perfecta de gobierno. La perfeccion absoluta en los gobiernos debiera descansar en la perfeccion absoluta de los hombres. No existiendo esta, inútil es que busquemos aquella. Cuando haya hombres impecables, entonces podrá haber gobiernos impecables tambien.

Desde muy lejana época, la sociedad anda oscilando entre el cesarismo y el liberalismo; el cesarismo es el pecado de los gobiernos absolutos, el liberalismo es el pecado de los gobiernos parlamentarios.

Hay en todo gobierno personal un gérmen de absorcion, así como en todo régimen popular hay un gérmen de disolucion; gérmenes que en uno y otro sistema se desarrollan ó dejan de desarrollarse, segun la época, las circunstancias y los hombres.

Cuando un gobierno personal trata de absorber la vida religiosa, vida que es por su esencia independiente, entonces vienen los excesos del cesarismo; cuando un régimen popular trabaja en la disolucion de dicha vida, vienen los excesos del liberalismo.

El cesarismo acepta la cruz, pero en vez de colocarla en el remate del trono, para manifestar que la monarquía estando á la sombra de la Religion no olvidará nunca que el

rey es el primer servidor de su pueblo, la coloca á su pié; la Religion, para los cesaristas, debe estar á disposicion de la monarquía; es un sistema que pone á Dios á las órdenes del rey, es decir, establece la primera premisa del derecho humano, para que despues el liberalismo no tenga que hacer mas que sacar las consecuencias.

Cesarismo y liberalismo, bajo el punto de vista cristiano, son igualmente la revolucion ó la subversion; el orden seria el derecho de Dios sobre el derecho del hombre, la revolucion es el derecho del rey sobre el derecho de Dios, segun los cesaristas; el derecho del hombre independiente del derecho de Dios, segun los liberalistas.

Para el cesarismo, la Religion es una necesidad indispensable; el elemento religioso debe entrar en la vida política y social; los reyes, ordenadores de esta vida política y social, reconocen la Religion como un recurso que debe estar en su mano para robustecer su autoridad y rodearla de un sagrado prestigio. Para el liberalismo, el orden político es independiente del orden religioso, este debe relegarse al mundo de las conciencias; la Religion se tolera como elemento de la vida íntima, pero no como elemento de la vida pública.

El cesarismo reconoce que la Religion es el alma de la sociedad; pero esta alma queda sometida al cuerpo, que es la política. Para el liberalismo, la sociedad no tiene alma.

El cesarismo considera á la Religion como una excelente servidora, y quiere conservarla y protegerla en este concepto; el liberalismo la califica de inútil y la despide.

Cárlos III, dotado de superior talento, quizá el descendiente de Luis XIV en que el cielo envió el mas considerable destello del genio de su antecesor, dejó dominarse por la influencia del cesarismo; altivo, autoritario, aspirante á la mas absoluta dominacion, esforzóse para someter á su palabra soberana, no solo lo que cabia bajo su jurisdiccion civil, sino tambien cuanto por su origen y sobrenatural objeto no sufre dominio humano.

Por su desventura, el monarca español que pudiera hacer brillar á mayor altura su nombre y sus hechos, dejóse dominar por la influencia de Voltaire, el ídolo de su tiempo, á pesar de ser, segun el P. Ravnigan: «Un Príncipe sinceramente cristiano, virtuoso, anhelante del bien, aunque no á propósito para emanciparse de engañosas influencias.» Aranda, su primer ministro, fue el genio maléfico, que obcecó á su señor; Aranda, era el discípulo de la filosofía racionalista de aquella época. De él escribían en son de elogio los incrédulos, «que habia intentado ordenar se grabaran en el frontispicio de los principales templos católicos los nombres de Lutero, Calvino, Mahoma, Guillermo Penn y JESUCRISTO.» Merced á su astucia, á su sutileza, á su talento, creó una atmósfera volteriana en la corte, excitando susceptibilidades regalistas en el ánimo de Carlos III, uno de los monarcas mas celosos de su autoridad.

En el campo católico, entre las falanjes religiosas, que combatian por la verdad, se distinguia la Orden Jesuita, instituida por inspiracion de Dios, para ser contrapeso irresistible á los errores de Lutero, cuyos planes ayudó en primera línea á trastornar; los Jesuitas eran el grande escollo de los volterianos, por dos motivos principalmente: primero, porque sabian más que ellos; segundo, porque tenian mas energía y mas prudencia que ellos. Voltaire distraia y atraia á los pueblos con la sátira, para hacerles tragar inconscientemente máximas de incredulidad y de inmoralidad; los Jesuitas despreciaban la sátira, y desenvolviendo los absurdos y las malicias de los volterianos, les ponian seriamente y sin jactancia en completo ridículo. Sabian y valian mas que ellos en aquel período histórico, en que por desgracia no todo el clero se sostenia á la deseada altura. Así es, que para obtener los volterianos el dominio absoluto, era indispensable condenar á los Jesuitas á la absoluta nulidad.

Carlos III cayó en la red del conde de Aranda, y entró en aquella gran conspiracion fraguada por las testas coronadas contra la Compañía de Jesús.

«Cerca de diez mil sacerdotes, dice Saint-Prest en su *Historia de la Expulsion*, de todas edades, hombres de ilustre estirpe, personajes doctos, ancianos achacosos por las enfermedades, privados de los objetos mas indispensables, fueron relegados al fondo de los barcos lanzados al interior de los mares sin direccion determinada.»

Admirados de ver á la monarquía encargarse de ejecutar semejante crimen, hasta los filósofos temieron que traspasaran los reyes los límites de la tiranía; de aquí que Voltaire escribiese á D'Alembert: «¿Qué me decís del Rey de España, que tan buenamente arroja á los Jesuitas? Persuadidos, como vos y yo estamos, de que le asisten poderosos motivos para ello, ¿no creéis que hubiera sido mejor manifestar estos motivos, que guardarlos encerrados en su *real corazon*?... ¿no os parece que pudiera haberse hecho mas racionalmente una cosa tan racional?»

Cosa particular, todos los Borbones á la sazón reinantes se coaligaron contra la Compañía de Jesús, llegando á obtener de Clemente XIV la Bula de *abolición*. Es que los que se apelidaban á sí propios de filósofos, comprendían la importancia que tenía el divorcio de la casa de Borbon, cuyos consejos tanto influían en Europa, con la causa de la Iglesia, de la que los Jesuitas eran infatigables soldados.

Cárlos III extremó el regalismo, llevando casi á supeditar la jurisdicción eclesiástica, lo que produjo sérios altercados con la Santa Silla.

¡Lástima que dejara empañar su reinado con semejantes faltas! pues, su talento, su decision, su carácter emprendedor, eran á propósito para dar días de gloria á su patria.

Empezó saldando la antigua y enorme deuda de España, una parte de la que procedía de los tiempos de Cárlos I, Felipe II, III y IV, y de Cárlos II; estableció las sociedades de Amigos del País, verificó el arreglo de la moneda; colonizó las soledades de Sierra Morena, mandó construir el canal Real de Aragon, que permitió la navegacion desde Tudela hasta dos leguas mas abajo de Zaragoza; erigió el Banco

ISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA.

Esta obra es una obra magna, en el sentido de la palabra, y en el de la historia, porque en ella se resume la historia de España, desde los tiempos más antiguos hasta los más modernos, con una exactitud y una claridad que no se encuentran en ninguna otra obra de este género. El autor, don Juan de Mariana, es un escritor de gran talento, y de gran erudición, que ha sabido reunir en esta obra, con una admirable sencillez, todos los hechos más importantes de la historia de España, desde su origen hasta el presente. La obra está dividida en veintidós libros, que tratan de la historia general de España, y de la historia particular de cada una de sus provincias. Es una obra que merece ser leída por todos los españoles, y por todos los que se interesan en la historia de España.

ISTORIA GENERAL DE FRANCIA

Esta obra es una obra magna, en el sentido de la palabra, y en el de la historia, porque en ella se resume la historia de Francia, desde los tiempos más antiguos hasta los más modernos, con una exactitud y una claridad que no se encuentran en ninguna otra obra de este género. El autor, don Juan de Mariana, es un escritor de gran talento, y de gran erudición, que ha sabido reunir en esta obra, con una admirable sencillez, todos los hechos más importantes de la historia de Francia, desde su origen hasta el presente. La obra está dividida en veintidós libros, que tratan de la historia general de Francia, y de la historia particular de cada una de sus provincias. Es una obra que merece ser leída por todos los franceses, y por todos los que se interesan en la historia de Francia.

LA VUELTA POR ESPAÑA

Esta obra es una obra magna, en el sentido de la palabra, y en el de la historia, porque en ella se resume la historia de España, desde los tiempos más antiguos hasta los más modernos, con una exactitud y una claridad que no se encuentran en ninguna otra obra de este género. El autor, don Juan de Mariana, es un escritor de gran talento, y de gran erudición, que ha sabido reunir en esta obra, con una admirable sencillez, todos los hechos más importantes de la historia de España, desde su origen hasta el presente. La obra está dividida en veintidós libros, que tratan de la historia general de España, y de la historia particular de cada una de sus provincias. Es una obra que merece ser leída por todos los españoles, y por todos los que se interesan en la historia de España.

EL REMORDIMIENTO

O LA FUERZA DE LA CONCIENCIA

Esta obra es una obra magna, en el sentido de la palabra, y en el de la historia, porque en ella se resume la historia de España, desde los tiempos más antiguos hasta los más modernos, con una exactitud y una claridad que no se encuentran en ninguna otra obra de este género. El autor, don Juan de Mariana, es un escritor de gran talento, y de gran erudición, que ha sabido reunir en esta obra, con una admirable sencillez, todos los hechos más importantes de la historia de España, desde su origen hasta el presente. La obra está dividida en veintidós libros, que tratan de la historia general de España, y de la historia particular de cada una de sus provincias. Es una obra que merece ser leída por todos los españoles, y por todos los que se interesan en la historia de España.

HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA,

desde su fundacion hasta nuestros días. Coleccion de litografías representando los principales hechos históricos de cada época, con texto al dorso por D. Rafael del Castillo.

Esta obra sale cada mes, en entregas con cubierta de color, formando cada entrega dos hojas dobladas, que contienen cuatro láminas de tamaño *mas. de fólto*, de papel bueno y fuerte, cual exige una lámina destinada, si se quiere, para ser colocada en un cuadro.—Al dorso de cada lámina, y á dos columnas, va su texto explicativo.

El precio de cada entrega es el de 5 rs. en toda España, remitidas por el correo ú otro conducto, de manera que no puedan malograrse.—En nuestras posesiones ultramarinas las entregas cuestan dos reales mas.—Van publicadas 49 entregas.

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

desde sus primitivos tiempos hasta nuestros días por D. Vicente Ortiz de la Puebla.

La presente obra se reparte por entregas de ocho páginas en fólto, de abundante y clara lectura, impresas con tipos enteramente nuevos y en papel satinado. Constará de 300 entregas, y la adornarán mas de 1000 bellísimos grabados, entre láminas sueltas y viñetas.

Cada entrega cuesta un real en toda España, repartiéndose dos semanalmente.—Van salidas 257 entregas.

LA VUELTA POR ESPAÑA.

Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geográfica, civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, producción, estadística, costumbres, etc.—Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.

Salen 4 entregas semanales á medio real una. A los que se suscriban y no quieran tomar de una sola vez todas las entregas salidas, se les facilitará ir adquiriéndolas á su comodidad.—Van publicados dos tomos y se está terminando el tercero.

EL REMORDIMIENTO Ó LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

Novela basada en el argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Gualtieri, por D. Juan Justo Uguet.

Dos tomos en 4.º muy abultados con 20 preciosas láminas grabadas sobre boj representando los principales asuntos de la obra.—Tambien se facilita ir adquiriéndola por suscripción tomando, á comodidad del interesado, las 134 entregas de que consta á medio real una.